EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales

N.° 24. Tomo I.—MARTES 15 DE OCTUBRE 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Santa Teresa de Jesus, artículo segundo, por D. Gavino Tejado.—**La Rosa blanca [poesía]**, por doña Carolina Coronado.—**Orígen, progresos y extincion de la Orden de Malta, artículo segundo**, por don Cayetano Rosell.—**Notabilidades celebérrimo-extrambóticas, Torremocha**, por don Antonio Flores.—**Bellas artes**, por D. Pedro Madrazo.—**Revista de la Quincena**, por don Juan Perez Calvo.

SANTA TERESA DE JESUS.

ARTICULO SEGUNDO.

¿QUÉ importa al siglo en que vivimos, la historia de una monja? ¿Qué interés puede inspirarle la vida de una santa? No es verdad, mi amada patria, que es una impertinencia contarte á la española unos cuantos acontecimientos españoles conducidos por la mano de una mujer de la vieja España? Si por una tentacion estrambótica te entregas de buena fe á los recuerdos que te doy en mi humilde estilo ¿qué harás de los *Misterios de París*? ¿Adónde desterrarás al *Judío Errante*?... Mas me valiera, á mí, novel escritor.... Volvamos á Santa Teresa.

Su edad entrada ya casi en la madurez, los contínuos y penosos padecimientos de su cuerpo, su oracion, los desengaños de la vida, que son para el alma débil una causa de mísero aliento, asi como para el espíritu fuerte una aurora sombría de un eterno sol; todo esto junto habia ya libertado á la madre Teresa de aquellos terribles combates, que pusieron á punto de sucumbir su espíritu y su cuerpo. Sus afecciones y pensamientos eran ya un licor en fermentacion pronto á traspasar el borde del vaso que los contenia.—Si el vaso estaba ya casi deshecho, el licor aun se agitaba, y hervia con su llama propia, y corria como la lava buscando el nivel eterno.—Pero esto era tambien combate—dentro de su mismo espíritu é independientemente de la carne, debia pagar el necesario tributo á su naturaleza humana, y allí donde acabaron los deseos terrenales y las mundanas pasiones, hubo de venir á duda, y con ella el temor á vueltas de la esperanza..... ¿Quién podia asegurar á aquella mujer flaca, extenuada por la penitencia, consumida por los remordimientos, asediada por consejos imprudentes y contrarias exhortaciones de sus directores espirituales; quién podia asegurarle que aquellas visiones de un mundo desconocido, que aquellos éxtasis frecuentes, en que casi confundida su alma con la divinidad creia haber oido voces inmortales, no eran una inspiracion del maligno espíritu que queria jugar con su flaqueza, lisonjear sus deseos con pérfidos engaños, apoderarse de sus potencias, y lanzarla sin defensa en las garras de la supersticion?... Al tender los ojos en rededor de sí, al considerar aquel afan convulsivo de sus incrédulos tiempos, en que á fuerza de querer hallar á Dios por vias tortuosas, veíase el torbellino de sistemas contradictorios invadir el pacífico asilo de una fé inmaculada, al ver que llegaba casi á las puertas de su celda aquel torrente de sangre, que en nombre de Cristo se vertia contra Dios... ¿cómo, dónde, en quién encontrar la verdad?... Pobre mujer, que oia decir al mundo, cuando revelaba estos pensamientos, que eran *repulgos de beata y caprichos de monja*...

Pero estaba decidido que Dios no habia de abandonarla.—Entre tantos séres corrompidos ó insuficientes como presenciaban sus tribulaciones, burlándose de ellas los unos y sin comprenderlas los otros, deparóle el ángel de su guarda un caballero noble, creyente,

virtuoso y experimentado, que adivinando al través de sus tímidas palabras los estragos de su espíritu, comenzó por alentarla con ese lenguaje persuasivo de las creencias profundas, y la puso en contacto con los únicos hombres, que dueños entonces del saber de su época, y animados por toda la fe compatible con

ella, podian acercarse á la atormentada monja como hermanos y maestros, los Jesuitas.—Momento importante á la verdad en la vida de la Santa, porque él señaló la hora, en que terminados los tiempos de inaccion y de espera, debia comenzar la grande obra de la reforma de su órden.—Desde este momento ofrecido por Dios á su empresa para llevarla por el recto camino, empezó á ponerse en contacto con todos los hombres, que se distinguian en aquellos tiempos por la santidad de su vida, la excelencia de su talento ó el lustre de su cuna.—Conoce primero á aquel duque de Gandía y marqués de Lombay, que despues de haber aprendido en el cadáver de un objeto amado cuánta es la vileza de esta prision de fango, que llamamos cuerpo, no quiso *servir mas á señores, que en gusanos se convierten* (1) y que habiendo llevado por muchos años el cilicio del penitente y el sayal del monge, fué ensalzado despues de su muerte con la corona de los elegidos bajo la advocacion de S. Francisco de Borja.

Contrae luego vínculos de amistad con la noble señora doña Guiomar de Ulloa, quien despues de haberla dado á conocer á muchos sábios varones de la compañía de Jesus, la lleva por fin á los pies de aquel Fr. Pedro de Alcántara, célebre reformador, hoy contado entre los santos y venerado en nuestros altares; aquel fraile ilustre, de tan humilde vida como elevados pensamientos, y á quien tal habian puesto sus penitencias y meditaciones, que al describir la Santa

(1) Romance del duque de Riv.: *En el mundo desengaño.*

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

su aspecto con ese pincel, que traza un cuadro con un solo toque, dice «parecia estar hecho de raices de árboles.»—Acostumbrada ya al trato de confesores ilustrados y á depositar confiada en su seno aquellos misterios sublimes de su interno padecer; colocada al pie de aquellos hombres llamados por el cielo como ella, pudo su angustiado pecho latir con mas libertad; y á medida que su razon se iluminaba, sentia exaltarse su primitiva fé purificada ya de aquellos tormentosos vaivenes, que le hacia sentir el excepticismo de su época, como de aquellas fatales preocupaciones que habia suscitado en su trabajada mente la inoportuna rigidez de sus confesores.—Segura ya de la proteccion divina, superior con toda la superioridad del genio á los errores que habian agitado su conciencia escrupulosa, pudo entregar sin recelo sus facultades á la realizacion del gran proyecto, que tan gloriosamente ocupó el último tercio de su vida.—Iba á luchar con hábitos inveterados; iba á estirpar corruptelas sancionadas por la ley y el comun asentimiento; iba á lanzar su nombre oscuro entre una brillante multitud de nombres que antes que el suyo se habian abierto el paso á la inmortalidad; y preciso era que le saliesen al encuentro como implacables enemigos el fanatismo y la hipocresía por un lado; la envidia y su hija la calumnia por el otro.

La relajacion de su órden habia llegado al estremo: ninguno de los votos sagrados que constituyen la verdadera vida monástica, se guardaba ya, niaun para cubrir las exigencias del decoro.—Poseíanse y heredábanse riquezas: tolerábase una comunicacion escandalosa con el siglo; y en todo en fin se vivia con tal independencia de los deberes del claustro, que al mirar Cristo á sus vírgenes esposas, cuando no tuviera que llorar un adulterio, hallaba cuando menos sobrada razon para quejarse de un abandono impío.—Algunas almas piadosas devoraban en silencio el dolor que les causaba tan profano espectáculo; pero ninguna sin embargo se habia atrevido á luchar de frente conél.—Estaba reservada esta obra de heroismo á aquella mujer, que víctima un tiempo de la licencia que el demonio sustentaba en las casas de Dios, habiase visto á pique de rendir su espíritu celeste bajo el yugo del infierno.—Comienza por implorar el favor y consejo de aquel maestro divino, que tantas veces se habia dignado descender del trono de su cruz para conversar con ella, y no solo oye de su propia boca la aprobacion del gran pensamiento sino los medios de ejecutarlo... Tan cierto es que se revela Dios á la humanidad para consumar la obra de la Redencion!..

Desde el instante que la madre Teresa dió á conocer su proyecto, comenzaron las monjas de la Encarnacion á censurarla agria y desapiadadamente. Seguras como estaban de hallar en su auxilio un gran número de opositores á la reforma, desplegaron todos sus recursos femeniles para prevenir la pública opinion contra ella, resolviendo en su sangriento encono perseguir de muerte á aquella su hermana rebelde, que con tan varoniles fuerzas se levantaba de la oscuridad para amontonar á sus pies las palmas de la gloria y el martirio.—Bien pronto consiguieron trocar la voluntad del Provincial de la órden, que arrastrado por las persuasiones de su ilustre súbdita habia antes ofrecido serle favorable. Extienden luego su maligna influencia á otros prelados y personas de alta gerarquía; y diseminando últimamente el veneno de su rencor en el vulgo dispuesto siempre á escarnecer, concitan contra la enemiga de sus vicios las risotadas de la estupidez, las calumnias de la malignidad y las persecuciones de los tribunales; y esto último á tal punto que aun en el de la penitencia llegó á negársele la absolucion.—El dicterio menos ofensivo con que se la insultaba en las calles, y lo que es aun mas indigno en la cátedra del Espíritu Santo, era el de *mala cabeza* y *vagamunda escandalosa*. Do quiera vilipendiada, atajada en todas direcciones oyó amenazarse primero con la *cárcel pública* y despues con la *Inquisicion*; pero sin duda para realizar lo primero debió no tener bastante resolucion la autoridad civil; y lo segundo no obtuvo mas resultado que una triunfante risa de desden, como de aquella que llamada ante los jueces de la conciencia estaba cierta de justificarse con la uncion de sus palabras y el prestigio de su santidad.—Pero si bien es cierto que ninguna de tan penosas contradicciones la habia hasta entonces arredrado, no lo es menos que sintió su aliento desmayarse cuando se vió reconvenida por su confesor, y aconsejada por él mismo que abandonase la empresa comenzada.—Esto era bastante á alarmar su conciencia, mientras que lo demas solo afectar podia un sentido que su humildad habia de todo punto aniquilado, el amor propio.

—Volvióse entonces á su Dios; llamólo, y vino á renovarle su promesa y el ya desmayado aliento;—y concertando en las vias de la tierra las providencias de su eternidad, comenzó á oponer amigos á sus perseguidores.—Mientras un fraile dominico de toda su confianza negociaba con la corte de Roma las licencias oportunas, el rector de la compañía de Jesús, Fr. Gaspar de Salazar, la protegia inmediatamente con sus consejos é influencia.—El fué quien le propuso la idea de comprar la pequeña casa, donde habia de echarse el cimiento de la fundacion, á nombre de una hermana de la santa, que habia de labrarla como de su cuenta.—

La adopcion de este inocente ardid produjo el buen resultado que se esperaba, pues se evitó por medio de él la alarma que probablemente se habria exaltado en el ya dispuesto vulgo, al ver que se procedia á vias de hecho.—Dado este paso, comenzó otra série de afanes para la pobre monja: hallábase en primer lugar con que la casita comprada era demasiado pequeña para su objeto, y aun á pesar de esta pequeñez, encontrábase por otra parte sin los dineros que eran precisos para los gastos ulteriores; pues que doña Guiomar que despues de haber compartido con ella las persecuciones y los insultos, le habia cedido parte de sus riquezas para aquel efecto, debió sin duda retroceder á la vista de los nuevos sinsabores que la amenazaban.—Dios quiso entonces mostrarle con signos manifiestos que nunca la abandonaba en sus angustias, y en uno de aquellos éxtasis inefables en que frecuentemente se abismaba su sér, mandóle una vision celeste, en que rebosando de ternura materna y coronada de magestades bajó á consolarla la reina de los Angeles, y á inundarla con los dones de su gracia infinita.—Ese mismo Dios sin embargo, que para enaltecer mas su triunfo toleraba una impía lucha entre los mandatos del cielo y las oposiciones de la tierra, permitió entonces que se conjurase un nuevo elemento contra su sierva escogida, si bien para convertirlo luego en favor de sus empresas.

Doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli lloraba inconsolable la pérdida de un esposo amado, cuando llegó á sus oidos el ya célebre nombre de la madre Teresa; y curiosa de ver si en efecto poseia tanto genio y virtudes, como proclamaban sus parciales; ó guiada mas bien por ese presentimiento providencial, que arrastra al infortunio en brazos de la fortaleza, se decidió á buscar sus consuelos en aquella religiosa tan experimentada ya en los diversos azares de la vida, y tan práctica en los caminos del corazon humano.—Rogó con este fin al provincial de su órden

que la hiciese venir á Toledo, donde se encontraba doña Luisa, y aquel prelado accediendo á este deseo la mandó ponerse en camino bajo precepto irrecusable de obediencia, introduciendo asi el desconcierto y la pena en el ánimo de la Santa, que juzgaba esta intimacion un nuevo obstáculo que á su proyecto se oponia.—Era preciso obedecer: acude á su llamamiento en compañía de otra religiosa; llega al seno de la noble viuda, le habla con las palabras de Job, restituye la tranquilidad á su espíritu y á su corazon solaz, apodérase de sus ideas y sentimientos, y acaba por conciliarse su admiracion y cariño.—Durante su residencia en casa de esta señora, comprendió la madre Teresa cuánto veneno hay encerrado en las cunas de oro, cuánta inquietud en los alcázares de la grandeza humana, cuánto miasma infernal entre el incienso de los cortesanos.—De inferir es, pues, cuán oprimido se sentiria aquel espíritu santificado por la humildad é independiente por el genio en los seis meses que respiró esta atmósfera de ponzoña y de hielo; pero este mismo sacrificio, que le imponia su condicion, no quedó al fin sin compensaciones.—La beata María de Jesus, que recien venida de Roma con despachos para fundar la casa de carmelitas descalzas en Alcalá, deseaba conocerla tanto por el prestigio de su fama, como por la comunidad de sus proyectos respectivos, fué á verla; y con esa confianza que rápidamente se gana la simpatía, contóle todos los procedimientos de su consumada empresa, enséñale

que la pobreza era una ley indeclinable de su órden, y la decide á adoptarla como regla de sus futuras fundaciones á despecho de toda oposicion y de todo sufrimiento.—Por el mismo tiempo llegó tambien á su lado aquel Fr. Pedro de Alcántara, á quien ya conocia y admiraba, y cuyas exhortaciones y pareceres la confirmaron en aquella decision.—Coincidiendo afortunadamente con estos felices auspicios el haberle el Provincial levantado el mandamiento, que la retenia en Toledo, tornó á Avila, no sin las lágrimas de su noble huéspeda, como tampoco sin la alegria de los mil que emulando las distinciones que á ésta debia, se daban el parabien por libertarse de aquel objeto de su envidiosa malquerencia.

Llegó al mismo tiempo que ella á Avila el despacho dimisorio obtenido de Roma por ocultas vias; y segura, no obstante esta autorizacion, de que su Provincial se le opondria, como antes lo habia hecho, solicitó y obtuvo el favor del Obispo de su diócesis, mediante la intercesion de Fr. Pedro de Alcántara y de un hidalgo

su protector y amigo, que recabaron de aquel prelado la licencia para fundar el monasterio en la mencionada casita bajo la condicion de pobreza que la Santa deseaba.—El 24 de agosto de 1562 se puso en aquella el Santísimo Sacramento y tomaron hábito algunas doncellas, huérfanas en la mayor parte.—Desde entonces la madre Teresa Cepeda de Ahumada comenzó á llamarse Teresa de Jesus, inaugurando la nueva casa bajo la advocacion de San José.—A vista de este triunfo obtenido no ya entre las sombras del misterio sino á la luz del dia y en presencia de cuantos obstáculos de todo género habian opuesto la envidia y la barbarie, preciso fué que el castigado orgullo de las monjas de la Encarnacion se exaltase al último punto; y apelando entonces la priora de estas al fácil recurso de su irritado poder sobre su victoriosa enemiga, la llamó al convento bajo precepto de obediencia, y emplazandola allí ante el Provincial de la órden, fué interrogada en forma de juicio, recibiendo denuestos en vez de cargos, y poniendo en el término de prueba su paciencia y humildad.—La sola especie de reconvenciones que en este juicio sufrió, bastaba á probar la profundidad y el origen del encono de quienes se las hacian: una de ellas fue «que el fin de sus escándalos no habia sido el servicio de Dios, sino el *ser nombrada* y *que la tuviesen en algo.*»—Sin perder la augusta rea un solo momento de su gravedad, y esquivando desde luego toda polémica con quienes estaba cierta que seria inútil, con las religiosas, dirigió sus descargos al Provincial con tal firmeza de carácter y tan persuasiva elocuencia, que á las pocas palabras vertidas de su labio de fuego no solo la absolvió el prelado su juez, sino que convirtiéndose de repente en su favorecedor y consejero, le prometió restituirla á su monasterio de san José, tan pronto como se calmase el alboroto de las turbas, que ya recorrian las calles de la ciudad, pidiendo una venganza contra aquella mujer sublime.—Estos aullidos detractores de la multitud hubieron de encontrar su correspondiente eco en los regidores, corregidor y cabildo de Avila que siguiendo el parecer de dos letrados ayuntados para cubrir unas formas hipócritas, concluyeron por decidir la destruccion del monasterio.—Hubiérase consumado inmediatamente esta violencia á manos quizá del vandálico furor de la plebe, si contenido el atentado por las benéficas persuasiones del padre dominico Fr. Pedro Ibañez, no se hubiese resuelto apelar por la via litigiosa al consejo real.—Entáblase el pleito; pide este tribunal sus informaciones; superior á la parcialidad, á los errores del vulgo, á las influencias del alto clero y al empeño de muchos notables, aprueba y manda proteger la nueva fundacion, sin mas restricciones que la de obligarla á tener renta propia.—Pero santa Teresa rechaza con firmeza esta condicion; y empeñándose por su negativa en la prosecucion del pleito, y á pesar de la tormentosa inaccion á que la condenaba la prision estrecha con que su priora la oprimia, sale al cabo de dos años triunfante de su encierro para ir á ver postrada ante las aras de su monasterio al pueblo mismo que antes la llamára *vaqamunda escandalosa*, y á recibir en su tránsito las limosnas y las bendiciones de sus perseguidores convertidos...

Exacerbábase el rencor de las monjas de la Encarnacion, á medida que se aumentaban las victorias de la madre Teresa; y viendo entretanto que su impotencia crecia á medida de su cólera, tentaron el único medio que podia restarles, previniendo contra el objeto de su envidia al general de la órden, que recien venido de Roma se encontraba á la sazon visitando los conventos de Avila; pero estaba decidido que cada tentativa de aquellas furias habia de ser un nuevo escollo, donde su impía persecucion se estrellára, y una palma nueva que el genio de la virtud colocase en la sien ya coronada de su víctima.—No solo consigue sincerar su acriminada conducta ante aquel jefe superior, sino que convirtiéndolo rápidamente en protector y decidido amigo, obtiene la total aprobacion de lo efectuado, y lo que aun es mas sorprendente, licencia indefinida para fundar nuevos monasterios de uno y otro sexo, dónde y cómo quiera que hallase lugar y demas circunstancias oportunas.

Aquí verdaderamente comienza esa historia de la reforma, magnífico panorama de sublime abnegacion, de varonil perseverancia, de esfuerzos sobre humanos, de agudos martirios, de brillantes ovaciones.—Harto dolor nos cuesta no poder encerrar en los límites de un artículo de periódico este poema verdadero de hechos increibles, cuya gloriosa consumacion no podria concebirse á no ver la excelsa mano que en ellos intervenia.—No omitiremos, sin embargo, la narracion de uno de aquellos hechos, cuyo carácter puede considerarse típico de los demas, tanto por la gravedad de los tormentos que lo ennoblecieron, como por la trascendental influencia de los triunfos que lo divinizaron.

Hallábase la madre Teresa en Medina ejerciendo el cargo de Priora del monasterio fundado allí por ella en 1567, cuando el visitador general de la órden del Carmen era testigo en Avila de la relajacion escandalosa que se habia apoderado del convento de la Encarnacion.—Buscando aquel celoso prelado un medio bastante eficaz para poner coto á tan profano escándalo, pensó valerse de la prudencia y autoridad de Santa Teresa, y la mandó llamar para que se encargase del priorato de sus irreconciliables enemigas.—No podia ser mas árdua ni arriesgada esta comision para quien estaba cierta de hallar en vez de súbditas obedientes arpías furiosas desde mucho antes conjuradas contra su quietud, y fieramente irritadas contra el creciente prestigio y multiplicados laureles de su ilustre rival y su rígida censora.—Asi es que al verla entrar por las puertas de su convento, soltaron la rienda á los insultos mas vergonzosos, las mas amargas diatribas, y hasta intentaron poner las manos airadas sobre ella, que paciente y sumisa á la voluntad del cielo, no profirió una sola reconvencion ni una sola queja, contentándose con recordar aquellas palabras del Dios hombre, cuando atormentado por sus perseguidores, se volvió al Eterno Padre y le dijo: "Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen.»—Subió de punto, como era natural, la exasperacion de las monjas al ver esta humildad que no podian comprender sino llamándola insultante hipocresía; y resolvieron esperar al primer capítulo, que en el convento se reuniese, para apurar de una manera decisiva los recursos endemoniados que les sugeria su doble rencor de mujeres y de monjas.—Llega por fin el dia señalado para aquella reunion: anticípase la Santa á entrar en la sala capitular, y tomadas ya sus precauciones, convoca á sus enemigas: acuden estas en alas de su rabia, atraviesan los umbrales y comienzan á entrar llenando el espacio de miradas centellean-tes de odio y palabras rebosando hiel.... ¿Por qué bajan de pronto su vista alucinada? ¿Por qué ahogan en la garganta aquellos murmullos infernales, y doblan ambas rodillas, y postran la frente en el suelo?.... ¿Qué han visto, qué han oido, que asi las convierte de sierpes envenenadas en humillados reptiles?.... En la silla priorial está la imágen de la Sagrada Vírgen con las llaves del convento en la mano: á sus pies la madre Teresa inmóvil y silenciosa.... "Entrad, les dice, hermanas; entrad, que va á presidiros la Madre de vuestro Esposo; yo no mando aquí: yo no soy mas que una humilde sierva de Dios y de vosotras.....» ¡Oh! grandeza del genio ¡Oh poder infinito del talento y la virtud!—Cuando las asombradas monjas se recobraron de su sorpresa, estaban llorando de ternura y arrepentimiento, y tendian sus brazos fraternales á aquella heróica mujer, que las habia hecho suyas para siempre.—Grande parece el orador romano desarmando el brazo trémulo de conspiradores asustadizos: admira la madre de Fernando IV disolviendo como una banda de buitres la espantada turba de traidores sobrecogidos..... pero pasma, asombra—no hay palabra para decirlo—una mujer perseguida, vilipendiada, sin fuerza física, sin prestigio moral hundiendo en el polvo á mujeres y envidiosas, á monjas é irritadas.—Pero no aun queda aquí su triunfo. Pasado el instante de sorpresa y arrepentimiento, pudo tornar la antigua malquerencia ó convertirse cuando mas en un desvío inofensivo: pues bien: lejos de eso, dos años despues de la descrita escena, y reunidas las monjas en nuevo capítulo para nombrar sucesora á la madre Teresa, la reeligen *por unanimidad*;—pero esta reeleccion necesitaba ser aprobada por los superiores; y recelosos estos del omnímodo influjo que ejercia sobre el convento, le niegan su sancion.... Aquellas monjas que la habian recibido entre insultos y diatribas, aquellas enemigas furiosas que dos años antes la habrian despedazado entre sus uñas, entablan entonces pleito ante el Metropolitano contra los superiores; y últimamente vencidas en esta lid judicial, únense á la fundadora en número de veinte dos; y abrazando la reforma con fé ardiente, dejan casi desierto el convento de la Encarnacion; y renuevan sus votos en los erigidos por su ya querida hermana Teresa.

Tal fué la alternativa de obstáculos removidos, de vencidos odios, de oposiciones conciliadas, que probó aquella en los 20 años que duró la obra de sus fundaciones.—Toledo la vió acatada en su imperial recinto despues de haberla visto presa en el convento de su propia fundacion: Sevilla la acogió pérfidamente en sus árabes muros para llamarla con el nuncio de S. S. *fémina inquieta y andariega*, para entregarla á las pesquisas de la Inquisicion y para verla en fin despues obsequiada, reverenciada y protegida con el poderoso auxilio del rey Felipe II.—Salamanca, Valladolid, Búrgos, Palencia, Soria, Medina, la vieron orar en sus góticos santuarios, levantar casi milagrosamente en algunas partes los monasterios de su reforma, y esparcir do quiera aquel bálsamo purísimo de ternura y de paz, que emanado como de una celeste azucena purificaba con su aliento hasta el fango que le arrojaban para marchitarla.

Era llegado en fin el momento de su eterno descanso, y con este, el término de las pruebas á que la habia llamado su destino en la vida mortal.—Tornaba de Búrgos á su monasterio de Avila; y visitando en su tránsito el de Medina, fue avisada en esta ciudad del vivo deseo de verla que tenia la duquesa de Alva, en cuya villa habia tambien extendido la reforma en 1571.—Rendida de cansancio, agobiada por sus achaques, especialmente el producido por la fractura del brazo izquierdo que le habia ocurrido en un viaje penoso, y mas que todo inspirada por el divino espíritu, que guiaba sus plantas á buscar el lecho de la paz eterna, se puso en camino para Alva de Tormes, despidiéndose en triste duelo de sus hermanas de Medina, y asegurándoles con la evidencia del profeta que ya no volverian mas á verse.—Poco despues en efecto de haber llegado al palacio de los duques, postróse en cama el 30 de setiembre para esperar una muerte que ya no la sorprendia, pidió el viático el 1.º de octubre, y al cabo de una penosa agonía en que sus lábios inspirados cantaban el himno de la libertad infinita á medida que se aumentaban sus dolores corporales, cayó por fin exánime en brazos de la monja que la acompañaba: y con los ojos clavados en el Crucifijo, que sus manos estrechaban, exhaló el último aliento de los bienaventurados á las nueve de la noche del 5 de octubre de 1582.

Al preguntarle dónde queria se depositasen sus restos, contestó sonriéndose: "donde quiera; ha de faltarme un poco de tierra, que me preste su seno?» Túvolo humilde y casi oscurecido en la iglesia de las carmelitas de su reforma, donde permaneció hasta 1585, en que poco menos que furtivamente, si bien por acuer-

do del capítulo general de su órden, fué exhumada y transportada á su monasterio de San José de Avila, habiendo hallado su cadáver no solo incorrupto, sino expidiendo un celestial aroma.—Pero aquel cuerpo tan martirizado en la vida, primero por los combates con su agitado espíritu, luego por el férreo brazo de las mas crudas dolencias, y últimamente por la desapiadada barbárie de sus émulos y perseguidores, debia ser, cuando estaba inanimado, un objeto de inútiles envidias y reputado como un tesoro inapreciable—asi es, que fuertemente irritados los duques de Alba por su translacion referida, recabaron de su Santidad por conducto de su deudo y pariente el prior de San Juan D. Fernando de Toledo, el expreso mandato de su restitucion al primitivo enterramiento, que se verificó en 1586.—Yace en nuestros dias sobre el altar mayor de la iglesia de las carmelitas de Alba, en un camarin hecho al efecto y guardado en un arca cubierta con un dosel de brocado, regalo de la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II. En otro bello camarin del magnífico Escorial habrán visto muchos de nuestros lectores autógrafo el libro de sus fundaciones, y la escribanía, de que se sirvió la santa doctora, la escritora elegante y festiva, que guardaba en una mano los rayos del amor divino, y esparcia pródigamente con la otra esas flores de poesía y de ternura, que nos embriagan con su bálsamo, y al par que inundan nuestro corazon de poetas y cristianos, lisonjean tan completamente nuestro orgullo de Españoles.

Ya nos llegará ocasion de examinar bajo otros puntos de vista, que lo hemos hecho, la vida de Santa Teresa, poniéndola en relacion con la historia de sus tiempos, haciendo de sus obras la crítica á que alcancen nuestras fuerzas, y la comparacion consiguiente de las mismas con las de los célebres escritores sus contemporáneos.—Repitamos entre tanto, y para terminar este ya prolijo artículo, las profundas palabras de un ilustre jesuita.» La madre Teresa es muy gran mujer de las tejas abajo, y mucho mayor de las tejas arriba.

Gavino Tejado.

LA ROSA BLANCA.

Antes que por la lluvia fecundada
Arde la tierra al sol de primavera,
Que apresurando su veloz carrera,
Muestra la luz de Mayo anticipada;
Queda la yerba mísera abrasada
Antes de desplegarse en la pradera;
Y, como niño que en la cuna muere,
Seco el pimpollo al rayo que lo hiere.

Pára su breve curso el arroyuelo,
La fuente agota su caudal mezquino;
De la desnuda acacia al muerto espino
Lleva la jóven mariposa el vuelo.
El polvo lame del estéril suelo
La oveja hambrienta; y fijo en el camino
A lo lejos contempla los sembrados
El labrador con ojos desolados....

¿A qué viene la niña de la aldéa
A recorrer los campos cuidadosa
Si no ha de hallar en ellos ni una hermosa
Flor que de su cabello ornato sea?
Siempre cuando la mansa luna ondea
Al acabarse el dia, presurosa
Desciende murmurando á la ribera
Y se mira en el agua placentera.

Y alza de entre los juncos de su orilla
Una flor de blancura reluciente,
Y una por una cuenta ansiosamente
Las ojas de su córola sencilla;
Y cuantas menos son, mas gozo brilla
En la faz de la niña, mas latiente
Siente su pecho, y en el onda pura
Mira con mas cuidado su hermosura.

Aquella flor tan blanca y olorosa
Al pié del arroyuelo colocada
Desde lejano huerto trasplantada
Revela inteligencia misteriosa:
Para aquella que aguarda el alba rosa,
Un signo es cada hoja plateada,
Que en su número anuncian á María
Las horas de una cita cada dia.

Seis hojas solamente coronaban
Ayer las sienes de la fresca rosa;
Los ojos de la niña venturosa
Al recorrerlas de placer brillaban;
Y era que ya de cerca resonaban
Las pisadas y el habla cariñosa
Del oculto galan que en la ribera
La dulce niña enamorada espera.

Mas ¡ay! del triste doloroso dia
En que la amada flor de su consuelo
Sus hojas doce al pie del arroyuelo
Muestre á los ojos de la fiel María.
El habla tierna que á su lado oia,
El rostro que miró con tanto anhelo,
No escuchará ya mas en la ribera,
No verá junto al agua placentera.

Ya su carrera el sol en paz termina,
Ya no alcanza su rayo á la pradera,
Mas reflejáse aún su luz postrera
En la pálida copa de la encina
Y en una errante nube blanquecina
Que al acaso perdida por la esfera
Mitad de su color al sol le debe
Mitad al brillo de la luna leve.

El sol lejano, el cielo trasparente,
La débil luna, el viento sosegado,
El monte allá á lo lejos levantado
Entre la oscura sombra del Oriente,
El pájaro que trina suavemente,
El riachuelo que suena acompasado
Prestan al mústio campo en su tristeza
Galas de juventud y de grandeza.

Reanima sus pimpollos la arboleda
Y la planta el follaje decaido:
Por la nocturna sombra humedecido
El seco prado reluciente queda.
Que aunque estacion ingrata no conceda
Benigna lluvia al campo agradecido,
Basta al suelo de España fresca sombra
Para tejer su verde y rica alfombra.

Y aun han de hallar las aves extranjeras,
Que emigran de los climas apartados,
Abundante semilla en sus collados
Y sombra deliciosa en sus riberas:
Y aun tejerá en abril en sus praderas
Ramilletes de lirios delicados
La niña que ya baja al arroyuelo
Tras de la blanca flor de su desvelo.

Menos de su colmena enamorada
Vuela ansiosa la abeja á los panales
Que la amorosa niña á los juncales,
Donde su clara flor está guardada:
Su faz inquieta brilla carminada
Entre las rubias trenzas desiguales,
Como en pálidos trigos encendida
Tierna amapola á medias escondida.

Mas hoy la bella flor de su alegría
No corona los juncos del riachuelo...
Dos lágrimas de amante desconsuelo
Caminan por el rostro de María—
Cual si viajero que la fuente ansía,
Tocára el agua convertida en hielo,
Así al hallar los juncos sin la rosa
Queda la niña triste y silenciosa.

Fija la vista por el agua clara
Que bajo de sus plantas se desliza:
Cómo sus hilos transparentes riza,
Luego el lloro enjugándose repara:
Y como aquella flor graciosa y rara
Blanca en su cerco, en la mitad pajiza
Se mece en su barquilla deliciosa
Burlando la corriente bulliciosa.

Y al fin ya divertido su cuidado,
Brota en su corazon nueva esperanza.
¿Quién sabe en su raudal que al junco alcanza,
Si habrá su rosa el agua arrebatado?
¿Quién sabe si su espíritu agitado
Halla en leve ocasion grave tardanza,
Y si al compás del agua cristalina
Ya muy cercano su garzon camina?....

En tanto que la vaga nubecilla
Ya sobre su cabeza se suspende
En dos alas blanquísimas que tiende
Como paloma que en los aires brilla,
A la postrera débil lucecilla
Que del sol, medio oculto, se desprende,
Piensa ordenar María su prendido
Del arroyuelo en el cristal lucido.

Que de su amante á los oscuros ojos
Bella mostrarse anhela cual ninguna,—
El parecer hermoso de la luna
Por ser ajeno hechizo, le da enojos.
Del sol la enfadan los perfiles rojos
Y el brillo de la estrella le importuna:
Que no pueden sufrir sus altos celos
Ni las rivales mismas de los cielos.

La gran toca dorada del cabello
Por el vivo airecillo descompuesta,
La ondulante gasilla alba y modesta
Que en torno ciñe su azulado cuello,
Mas peregrino harán el rostro bello
En su inocente compostura honesta....
Llégase, y sobre el agua cristalina
El blando rostro la doncella inclina.

Mas en vez del contorno delicado,
Donde lucen sus ojos lagrimosos,
Se muestra en los espejos temblorosos
La nubecilla en círculo ovalado—
Muda el cristal; mas hállanlo empañado
Donde quiera sus ojos temerosos—
La nube al arroyuelo todo alcanza,
Y vá burlando siempre su esperanza.

Alza confusa el rostro con recelo
Hácia la sombra que su arroyo empaña,
Y vé la nube de blancura extraña
Que de la luna pende como un velo—
Ya asemeja meciéndose en el cielo
Un cisne que en su lago azul se baña,
Y ya remeda una graciosa luna
Do como un niño muéstrase la luna.

De nuevo al agua tórnase María
Y otra vez vuelve á hallar la nube en ella...
Con presurosos pasos la doncella
Huye espantada á la cercana vía.
Caminante sin luz, ciego sin guía,
Los erizados juncos atropella,
Temblando al vago roce del cabello
Que el viento hace flotar sobre su cuello.

Pero del sauce aquel cuya melena
Luenga baja hasta hundirse en la corriente,
Suave, como el ruido de la fuente,
Y dulce una doliente queja suena;
Notas de una muy triste cantinela,
Que por el mismo corazon se siente:
Voz de quien sufre y se lastima y ruega,
¡«Ay!» que hasta el alma desgarrando llega.

¿Quién gemirá en aquella orilla sola,
Que con suspiros á la niña clama?
¿Quién escondido bajo aquella rama
Con amor tanto y ansiedad llamóla?
¿Cuyo es el pecho que tambien asola
El tierno incendio de amorosa llama?....
¿Se alejará sin ver la compañera
Tórtola que la aguarda en la ribera?

«¡Ay!» dice el canto bello y penetrante—
Y de el susto primero recobrada
«¡Ay!» la niña tornando á la enramada
Donde á su amiga siempre halla constante.
Cual si se hallára la infantil amante
Por la tórtola débil amparada,
Ya nada teme, junto al sauce llega
Y al ave escucha y con su lecho juega.

¡Cómo la luna de nevada que era,
Váse tornando de color rosada!
¡Cómo rompe la atmósfera azulada
Aquella estrella hermosa la primera!

Cómo de la naciente primavera
La vespertina brisa es regalada!
La doncella en sus palmas, cuán hirviente
El seno de su amiga latir siente!

No escuchó mas cantares soberanos,
Mas jardines no vió, mas anchos mares
Que el humilde regato y los juncares
Y al ave que le arrulla entre las manos.
Mas no ha menester ver los océanos,
Otro jardin hallar, ni oir mas cantares;
Que al seno de la jóven conmovida
Falta respiracion, sóbrale vida.

Cuando así el corazon latir sentimos,
Ya no hay en nuestro sér mas que esperanza:
A donde quiera que la vista alcanza
Placeres solamente distinguimos.
De las pasadas penas que gemimos
Hasta el recuerdo el pensamiento lanza;
Y en el mal que tocamos no creemos,
Y la dicha abrazamos que no habemos.

¡Triste, enamoradísima doncella!
¡Cándida niña de la faz rosada!
Presto de los suspiros aliviada
Suspensa al contemplar la noche bella
Olvida su amarguísima querella,
Y tórnase á mirar esperanzada
Si, por acaso, al agua se avecina
La sombra que sus ojos ilumina.

«Vendrá» se dice, pero el grave canto
De un cárabo en la orilla contrapuesta
Miente un «no, no, no, no» como respuesta
Que pone al corazon medroso espanto.
Rompe en sus ojos lastimado llanto
Al escuchar la cántiga funesta,
Y ya pretende huir, ya se detiene,
Ya se aleja, y ya al fin otra vez viene.

Suena el arroyo,—la brillante luna
Que en su linfa serena se retrata,
Hebra tras hebra el agua desbarata
Y la vuelve á formar una tras una.—
Ora que en el riachuelo sombra alguna
No empañará, tal vez, su tersa plata,
La niña con la luz que se acrecienta
Verse la roja faz de nuevo intenta.

Y allí la nube que en la tarde había,
Allí la sombra está maravillosa:
Allí dentro del agua rumorosa
Empaña el vago espejo de María.
¿Qué nube es esa que en tenaz porfía
Persigue á la doncella temerosa,
Cómo el rostro multiple entristecido
Del importuno amante aborrecido?

Blanco vellon remeda del cordero
La nubecilla vaga y misteriosa
Que en torno de la luna deliciosa
La sigue en su camino placentero;
Ya se apiña y ya torna al sér primero,
Forma y color mudando, caprichosa:
Tan presto miente un lago, una cabaña,
Tan presto una ciudad, una montaña.

Y ya su cerco rápido descrece,
Y al cabo á breve trecho reducida
Como bajo un fanal brasa encendida
La luna entre el vapor blanco aparece;
Rompe en mitad su rayo y resplandece
En menudos pedazos dividida
La nube, que ya es flor, á cuyo centro
Pétalos dá la luna desde adentro.

Flor de blancura estrema y lozanía
Cuyas hojas se apiñan y se tocan,
Y menguan, se perfilan, se colocan
En circular, simétrica armonía....
Si los ojos no turban de María
Las lágrimas que ardientes la sofocan,
La clara flor que la presenta el cielo,
Es la rosa, ocasion de su desvelo.

El bello lustre de sus hojas ciega,
De su cáliz radiante el brillo ofende;
Y el dulce aroma que de sí desprende
Traspasa el éter y á la tierra llega:
Y cuanto mas su córola despliega
Mas su esencia purísima trasciende,
Y mas y mas resplandeciente brilla
De su precioso centro la semilla.

En ella entrambos ojos enclavados,
Ambos brazos tendidos hácia ella,
En éxtasis respira la doncella
Los aires con su aliento embalsamados;
Sus espíritus deja conturbados
Con su perfume y luz la flor aquella,
Y siente su cerebro dolorido,
Cefrado el corazon y comprimido.

Y surge un pensamiento de repente
De en medio de su mente fascinada....
¿Cuántas hojas tendrá su rosa hallada
Sobre los cielos milagrosamente?—
Recorre hoja por hoja atentamente;
Mas con su hiriente brillo deslumbrada
Por mas que en repasarlas se atormenta,
Una tras otra vez yerra la cuenta.

Mas, distintas las hojas va dejando
Ver ya la claridad mas quebrantada,
Y la niña impaciente, la mirada
En la divina flor clava temblando—
Dos.... cuatro... seis... diez hojas, va contando,
Y once llega á contar sobresaltada,
Y al mirar otra mas lanzó un gemido,
Y en su seno de amor cesó el latido.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Allí quedó en las urnas del riachuelo
El bello y jóven tronco sepultado—
Las aguas con acento lastimado
En torno de él hicieron largo duelo.
La tórtola con tierno desconsuelo
Espantada doliéndose á su lado
Un ronco y lamentable son hacia
Con el rumor del agua que gemía.

CAROLINA CORONADO.

ORIGEN
PROGRESOS Y ESTINCION
DE LA
ORDEN DE MALTA.

ARTICULO SEGUNDO.

No esperaba Soliman la nueva de la derrota de sus armas, y así se indignó de tal manera al saber circunstanciadamente lo ocurrido, que resolvió intentar otra vez la empresa en la primavera del siguiente año. Por fortuna sus proyectos no podian permanecer ocultos, y La Valette previó con sobrada anticipacion la tormenta que le amenazaba; mas como sus fuerzas se habian aminorado mucho, disminuido tambien considerablemente sus recursos, y la isla toda se hallaba en estado poco á propósito para empeñarse en nueva resistencia, resolvió vencer por astucia al que acababa de experimentar los efectos de su entusiasmo y de su constancia. Historiadores de mucho crédito le atribuyen el incendio del arsenal de Constantinopla, donde quedaron reducidas á cenizas gran número de las galeras que se estaban construyendo, los almacenes completamente abrasados, y sepultados entre las llamas multitud de trabajadores: á la verdad, admitidos como ciertos los designios del sultan, nadie mas interesado en frustrarlos que el gran maestre; en aquella guerra todo era lícito, así el ardid como la crueldad; y La Valette, que no contaba con elementos suficientes para hacer rostro al poder de su adversario, hubo de recurrir á un medio que en otro cualquier caso hubiera sido vituperable.

Con su energía y el prestigio de su nombre supo conservar este príncipe ileso el esplendor de su dignidad; sin embargo en los últimos años de su vida se suscitaron cuestiones y turbulencias que no pudieron menos de ocasionarle una profunda melancolía, la cual le llevó al sepulcro en 21 de agosto de 1568. Su pérdida era tanto mas sensible, cuanto mayor la dificultad de sostener el engrandecimiento de la Orden. Habia adquirido esta bajo su mando toda la elevacion á que podia aspirar; por lo mismo comenzó á infundir inquietudes en los ánimos de algunos príncipes y potentados, que sembrando discordias y ambiciones entre sus caballeros, pretendieron unas veces apoderarse de sus bienes, otras cercenar sus prerogativas y hacerse partícipes de su soberanía. Los que desde luego y con menos rebozo se encaminaron á este fin, fueron los pontífices. Ya en vida de La Valette habia Pio V dispuesto del priorato de Roma á favor de los cardenales, alegando ser los papas los verdaderos superiores de la Orden; y no bastaron las enérgicas reclamaciones del gran maestre para desviarle de su propósito. Con iguales miras se introdujo en Malta por el año 1574 la Inquisicion, que en un principio se mostró inofensiva y cauta; mas en breve cobró tales pretensiones, que no solo tramó una conjuracion para derribar en 1580 al maestre La Cassiere, sublevando contra él al gran Consejo, sino que hubo vez de exigir que la carroza del soberano de la Orden hiciese paso á la de los inquisidores, que en todo querian tener imperio y supremacía.

Así fué que en aquellos mismos de quienes debian esperar mas amistad y apoyo, tuvieron los Hospitalarios sus mayores émulos y opresores; lo cual, si bien no impedia que la religion atendiese á los principales fines de su instituto, fomentaba entre sus individuos el espíritu de desunion, y distraia parte de los recursos vinculados en los cargos de la Orden. Esta disminucion era tan poco sensible en un principio, que permitia atender á todas las expediciones y empresas en que se ocupaban sus caballeros, á prestar auxilios á todos sus aliados, y á la persecucion de los piratas, no solo en las costas de Italia, sino en las occidentales de Africa hasta la desembocadura misma del Nilo.

Sus galeras concurrieron á la memorable victoria de Lepanto; y á pesar de la rivalidad que parecia existir entre la Orden y las repúblicas de Italia, ayudaron á los venecianos en sus guerras contra Turquía: la fortuna, enemiga á veces de las armas de la Religion, ejercitaba su inconstancia proporcionándole repetidos y señalados triunfos: llevó la fama de su nombre hasta las Antillas, donde adquirió en 1652 la isla de San Cristobal; y finalmente, dejando á un lado la prolija enumeracion de los hechos poco notables que constituyen su historia en lo sucesivo, nos trasladaremos á la época en que, como otras muchas instituciones antiquísimas, y cediendo al golpe que redujo á miserable estado imperios y reinos mas poderosos, perdió de pronto sus formas y derechos, su libertad y soberanía.

Debióse principalmente este menoscabo á la influencia que ejercieron en el siglo XVIII las doctrinas filosóficas. La América inglesa dominada por el genio que mucho antes habia abortado la independencia de la metrópoli rompiendo el yugo de sus tiranos, y las peregrinas ideas que propagaban por Europa los filósofos y economistas franceses, engendraron el volcan que de allí á poco estalló con inaudito estruendo. Presagio de todas estas vicisitudes parecieron las largas y universales guerras, las ambiciones y despojos que experimentaron todos los pueblos del antiguo continente en aquella centuria verdaderamente calamitosa; y cuando despues de tantas querellas interminables, de tantos acomodamientos inútiles, y ligas inconsideradas, y rompimientos irreflexivos, se creian fundadamente asegurados el sosiego y sistema político de Europa, con los

tratados de Westfalia y todos los posteriores, vino una horrenda revolucion á introducir nuevas enemistades y preparar nuevas alteraciones, fundando imperios, reinos y repúblicas que habian de desaparecer en breve con la espada en que se sostenian.

Fácil es presumir que en semejante estado, no solo los cuidados de las potencias, sino hasta la atencion de los particulares se volverian hácia unos acontecimientos que tanto podian influir en sus respectivos intereses; y que por consiguiente desentendiéndose de la existencia mas ó menos próspera de nuestra Orden, iria esta perdiendo insensiblemente su espíritu y su importancia, á medida que se hiciesen menores sus elementos de subsistencia y mas vago é innecesario el objeto de su fundacion. Nadie ignora por otra parte que las teorías filosóficas, cada dia mas generalizadas, se habian propuesto la supresion de toda especie de privilegios; y como la antigua religion de los Hospitalarios vivia de ellos exclusivamente, no es extraño que se la mirase, sino con animadversion, al menos con indiferencia. Su organizacion verdaderamente, la celebridad que se habia granjeado en el largo período de su existencia, la especie de confederacion y el sistema de igualdad que formaban la base de su gobierno, retardaron la ruina que el tiempo le preparaba; sin embargo á fines del mencionado siglo se hallaba en tal estado, digámoslo asi, de decrepitud, que apenas ofrecia, como veremos despues, señal alguna de vida.

La revolucion francesa habia conmovido á la Europa toda, ostentando el heróico denuedo de un pueblo que ambiciona su libertad, aun á trueque de todos los horrores de la anarquía. Ni la formidable coalicion que la amenazaba por sus fronteras, ni la guerra doméstica que se nutria en su seno lograron abatir el poder de aquellos frenéticos republicanos; sus ejércitos por el contrario compuestos en su mayor parte de jóvenes bisoños y sus generales, poco célebres todavía por sus anteriores proezas, llegaron á hacerse dignos vencedores de los soldados y capitanes que mas renombre habian alcanzado en las postreras guerras de Europa. Con todo, los triunfos de la república eran obra de sus armas; el poder vinculado en estas debia absorber tarde ó temprano todos los restantes, y el mismo gobierno que no habia tolerado hasta entonces agresion ni dominio de ninguna especie, debia concebir en breve recelos de su propia gloria y mostrarse ofendido hasta cierto punto de sus mismos libertadores.

Bonaparte habia oscurecido con sus recientes hazañas la gloria de todos sus compañeros; Hoche, que quizá hubiera llegado á ser su competidor, ya no existia; en el jóven vencedor de Italia tenian ya puestas sus esperanzas los descontentos, y sus miras los ambiciosos; de suerte que si no se empeñaba al distinguido general en alguna empresa árdua y remota, la libertad de los ciudadanos y las instituciones alcanzadas á precio de tanta sangre, sin duda perecerian. Esto calculaba el Directorio, presumiendo que los riesgos en que ponia al jóven héroe serian el sepulcro de su fama y de su existencia; pero el cielo, que ordenaba las cosas de distinto modo, preparó nuevas complicaciones y sucesos mas inesperados.

Dióse á la vela en el puerto de Tolon la expedicion de Egipto el 19 de mayo de 1798: entre los navíos que componian la escuadra del almirante Brueys y los transportes reunidos en Génova, Ajaccio y Cívita-Vecchia, se juntaron hasta quinientas embarcaciones, en que iban cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marinos. Bonaparte se incorporó sucesivamente á las divisiones existentes en los mencionados puntos, y formó desde luego el proyecto de apoderarse de Malta, cuya isla se reputaba aun como la llave del Mediterráneo; á cuyo fin habia entrado de antemano en relaciones con algunos de los principales caballeros.

Desde este momento debió juzgarse inevitable la ruina de la Orden, porque si los franceses no llegaban á hacerse señores de Malta, con el pretesto de evitar este peligro, hubieran consumado despues la misma tentativa los ingleses. Las quinientas velas de aquellos se desplegaron el 9 de junio delante de la isla, y so color de pedirle permiso para hacer aguada, entró Bonaparte en contestaciones con el gran maestre Fernando de Hompesch, quien alegando la prohibicion que le imponian los estatutos, negóse por el pronto á concedérselo. A esto únicamente podia reducirse su resistencia, porque la religion no era ya sombra de aquel ilustre cuerpo, cuyas alabanzas habian resonado en otro tiempo por todo el mundo. Su marina consistia en tres ó cuatro fragatas casi inútiles, ancladas siempre en el puerto, y varias galeras que apenas prestaban ningun servicio; sus bienes habian quedado muy reducidos con la reciente pérdida de cuantos poseía en Italia y Francia; y como la postracion de los estados suele influir considerablemente en el desaliento de los individuos, hacia ya largo tiempo que no se ocupaban estos en los deberes de su instituto, pues no existia actualmente caballero alguno que hubiese hecho la guerra contra los berberiscos.

Todo esto lo sabia bien Bonaparte, y tampoco estaba ignorante de la consternacion que produjo en los malteses su llegada; asi que sin pérdida de tiempo, oida la respuesta del gran maestre, mandó practicar el desembarco al siguiente dia 10 de junio y embestir la plaza de Lavalette, á pesar de su fortaleza. Al fuego de la artillería de los franceses, respondió la de la ciudad como con timidez; algunos caballeros practicaron una salida, y quedaron la mayor parte en poder del enemigo, con lo cual y con la oposicion que mostraron á batirse con sus compatriotas varios individuos de la lengua francesa, comenzaron á amilanarse los ánimos de los defensores. En semejante estado, y conociendo el gran maestre lo mucho que aventuraba, movió proposiciones de paz que fueron al punto aceptadas por Bonaparte. Las cláusulas del convenio se redujeron en sustancia á lo siguiente: que los caballeros cedian á la Francia la soberanía de Malta y las islas dependientes de ella: la Francia en cambio prometia su intervencion en el congreso de Rastadt para que se diese en Alemania un principado al gran maestre; y en el caso de no ser posible, le aseguraba una pension vitalicia de trescientos mil francos, y una indemnizacion de seiscientos mil al contado: concedia ademas á cada caballero de la lengua francesa setecientos francos de pension, y mil á los sexagenarios; y prometia su mediacion para que los de las demas lenguas entrasen á gozar de los bienes de la Orden en sus respectivos paises.

Este fin tuvo, despues de siete siglos de existencia, la célebre institucion de los caballeros Hospitalarios de San Juan Bautista; y en verdad que sus gloriosos antecedentes la hacian digna de mejor fortuna. El carácter aristocrático, como invencion de la edad media, que aquella república conservaba, la importancia de su situacion, lo relajada que se advertia la antigua disciplina entre sus individuos, y mas que todo el espíritu de la época, ansioso de conquistas é innovaciones, sugirieron á Bonaparte un proyecto que en otro tiempo hubiera sido temerario, y al presente de tan fácil logro como hemos visto. Sin embargo, la posesion de Malta por las armas francesas no podia prolongarse mucho si se malograba la expedicion de Egipto antes de llegar á su destino, ó si la escuadra inglesa de Nelson que iba en su persecucion alcanzaba el triunfo que se prometia: tres mil hombres dejó Bonaparte de guarnicion á las órdenes de Vaubois; y á pesar de los reglamentos y minuciosas instrucciones que dictó para el gobierno de la isla, no dejaria de conocer cuán insuficiente fuerza era aquella para retenerla bajo su dominio.

En efecto, vencedor Nelson del almirante Brueys en el tremendo combate de Abukir, dirigióse á Malta con ánimo de bloquearla, y llevado á cabo su designio capituló la ciudad, y fue transportada á su patria la guarnicion. Creian los caballeros sacar ventaja en el cambio, porque desde el principio de la revolucion habian mirado como enemigos á cuantos franceses tomaron en ella parte; pero mas adelante se convencieron de lo ilusorias que eran sus esperanzas en la Gran Bretaña, y aun entonces debieron ya presagiar que una vez señora de punto tan principal esta nacion, no habria fuerza ni astucia humanas capaces de arrebatársela.

Por esta causa fueron infructuosas las promesas que hizo el emperador de Rusia, y vano tambien el pacto estipulado en la paz de Amiens en 1802, por el cual se obligó la Inglaterra á restituir la isla á sus antiguos poseedores. Esta condicion, que no se llevó á efecto, produjo en el siguiente año un nuevo rompimiento entre las dos potencias rivales, Francia é Inglaterra, que no tuvo para la Orden resultado alguno. Las continuas y sangrientas campañas que distrajeron en estos tiempos la atencion de Europa no permitieron resolver nada acerca de la manifiesta usurpacion que se habia cometido; hasta que derribado Napoleon del trono de San Luis, y proscrito en la isla de Elba, se concluyó en Paris el 30 de mayo de 1814 por los plenipotenciarios de Francia y Austria el tratado general de paz, que firmaron despues los representantes de las demas potencias, en virtud del cual la isla de Malta con todas sus dependencias se adjudicó definitivamente á la Gran Bretaña; siendo despues confirmado este pacto en el congreso de Viena, que fue como el complemento del anterior convenio. La Orden, pues, que desde fines del siglo último quedó abolida de hecho, vió formalmente sancionada su supresion en la época llamada de restauracion en Francia; los soberanos que aun conservaban en sus reinos encomiendas y bienes pertenecientes á los Hospitalarios, pudieron disponer libremente de ellos; y los caballeros de las diversas lenguas que aun permanecian en Malta, se encaminaron á sus respectivos paises, excepto algunos naturales de Italia que no quisieron variar de residencia, y que sin embargo hubieron de contentarse como los primeros con el recuerdo de sus títulos ó dignidades, sin mas derechos, emolumentos ni prerogativas. Posteriormente ha seguido la Orden en el propio estado de nulidad; y aunque el actual Pontífice parece que trata á la sazon de restablecerla, al menos bajo su primitivo carácter hospitalario, privada del asiento en que adquirió tan gloriosos timbres, de las encomiendas que constituian sus principales riquezas, y de la organizacion, imposible de conservar, que era su mas firme base, creemos que solamente en el nombre se asemejará á la antigua, y esto en el caso de que llegue á tener efecto propósito tan laudable.

Réstanos, como lo prometimos en el artículo primero, hacer mencion de algunas particularidades relativas al régimen de la Orden y á los principales cargos que en ella desempeñaban los caballeros. Entonces indicamos ya las tres clases de individuos de que se componia, á saber: *caballeros de justicia, clérigos ó sacerdotes, y sirvientes.* Al honor de caballero de justicia, como el mismo nombre lo espresa, únicamente podian aspirar los verdaderos nobles, pues las rigorosas informaciones que solian hacerse exigian una nobleza de estirpe mas ó menos antigua tanto en la rama paterna como en la de la madre; y por esta razon únicamente los comprendidos en esta categoría podian aspirar á las dignidades de la Religion que se distinguian con el título de *grandes cruces*; pero entre ellos estaban incluidos los *caballeros de gracia*, es decir, los hijos de padres ilustres y de madres plebeyas, quienes por medio de una dispensa del papa lograban introducirse en la Orden bajo dicha denominacion, que desde luego equivalia á una tacha. En las clases de clérigos y sirvientes no eran menester las condiciones de nobleza que en los caballeros, sino solo limpieza de sangre y algunos requisitos fáciles de reunir; por lo cual los sacerdotes gozaban en aquella religion de menos consideraciones que los seglares, si bien formaban parte de ella, erigiéndose entre los capellanes el obispo de Malta, y el prior de la iglesia de San Juan, que ocupaban en el consejo los primeros puestos. Habia tambien señoras religiosas de la misma Orden en Francia, Italia, y España; nuestro célebre monasterio de Sixena en Aragon y el de Dalgoveira en Cataluña fueron sobrado distinguidos para que pueda ponerse en duda que las pruebas de nobleza que se les exigia eran mucho mas rigorosas que cuantas tenian que hacer los caballeros de justicia.

Respecto al traje que unos y otros usaban, no nos es posible detallarlo exactamente. Parece que en un principio era comun á todos el hábito de San Agustin, negro, con una cruz blanca de forma octágona, y de seda ú otra tela que ponian sobre el manto al lado del corazon. Los caballeros llevaban á la guerra cota dorada, como un signo de preeminencia, con la cruz encima; por lo menos así lo afirma el citado Andres Favin en su *Teatro de Honor y Caballería*; pero mas adelante es de presumir que en esto como en otras muchas cosas se introducirian frecuentes alteraciones, siguiendo en el vestido el uso de cada época con aquellas restricciones que se tuvieran por convenien-

tes: y así lo hemos observado en una coleccion de trajes de la Orden mas recomendable sin duda por la exactitud histórica que por la gracia de los dibujos.

Verificadas las pruebas *testimoniales*, *literales*, *locales* y *secretas* que mandaban los estatutos, é identificada por ellas la aptitud del caballero, podia ser recibido en la Orden en tres épocas diferentes: en la de *mayoría* á los diez y seis años, aun cuando hasta los veinte no tenia obligacion de trasladarse á Malta, pagando por *derecho de pasaje ó recepcion* doscientos sesenta escudos de oro; en la de *menoría*, abuso introducido en los tiempos modernos, en virtud del cual podia darse el título de caballero á un recien-nacido, mediante breve de S. S., y satisfaciendo el derecho de unos 333 duros españoles; y finalmente se admitian tambien caballeros en el concepto de *pajes* del gran maestre desde los 12 hasta los 15 años, en que perdian este carácter, abonando por su recepcion una cantidad casi igual á la que se pagaba por la mayoría. Otra formalidad indispensable antes de obtener el título de caballero de justicia eran las *caravanas* ó expediciones que hacian los aspirantes al mismo título en las galeras de la Religion, ya para combatir contra sus enemigos, ya para prestar cualquiera otra clase de servicio. Podian pues considerarse como una prueba de idoneidad, duraban cada una por espacio de seis meses, y se requerian cuatro completas, aunque á veces se rebajaba este número y aun el tiempo de duracion, por gracia particular y en atencion al mérito de algun hecho distinguido ó á la calidad de los insinuados servicios.

La Orden de Malta estaba dividida en ocho lenguas, correspondientes á las distintas naciones que en otro tiempo la componian: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Inglaterra, Alemania y Castilla, enumeradas siempre por este órden. Cada lengua tenia una dignidad particular que era su cabeza ó representante; Provenza la de *Gran comendador*; Auvernia la de *Gran mariscal*; Francia la de *Grande hospitalario*; la de *Grande almirante* Italia; la de *Abanderado* (Drapier), despues *Gran conservador*, Aragon, la de *Turcopolier* ó *general de la caballería*; Inglaterra, título que tomó mas adelante de resultas del protestantismo el Senescal del gran maestre; finalmente, á la lengua de Alemania correspondia el *Gran bailio* de la Orden y el *Gran canciller* á la de Castilla. El obispo de Malta y el prior de la iglesia de San Juan estaban incluidos tambien en la categoría de jefes ó *pilares* de la religion, que así se denominaban los susodichos.

Estos eran los *Bailios conventuales*, llamados de esta suerte porque debian residir ordinariamente en los conventos ó domicilios destinados á cada una de las lenguas; y esta calificacion los distinguia de los *Bailios capitulares*, nombre que indicaba su concurrencia á los capítulos generales ó provinciales de la Orden, lo cual no se oponia á que residiesen en los prioratos donde radicaban sus *bailiajes* ó encomiendas. A esta clase correspondian tambien los *Bailios de gracia ú honorarios*, título vano, aunque perjudicial al buen régimen é intereses de la Orden, que como casi todos los abusos introducidos, emanaba de la suprema autoridad de los pontífices.

Los *Grandes priores* eran los superiores de cuantos religiosos moraban en su priorato, distinguiéndose algunos con nombres particulares, como el de Portugal, comprendido en la lengua de Castilla, á quien se llamaba *Prior de Ocrato*, y el de Aragon, conocido en la historia por el *Castellano de Amposta*. Los *Comendadores* ejercian una especie de administracion sobre los bienes de la Orden situados en sus territorios ó *encomiendas*, y sus cargos eran amovibles, porque siendo unas encomiendas mas ricas y productivas que otras, con la esperanza de mejorar de suerte, necesariamente habian de conducirse con integridad, como la mejor recomendacion que podian alegar en sus nuevas pretensiones.

Otros muchos destinos menos importantes y honoríficos completaban bajo el aspecto personal la organizacion de aquella república tan singular como la de Venecia; secretarios, escuderos, caballerizos, procuradores, camareros, auditores, protectores, comisarios, gobernadores, comandantes, capitanes y otros cuya clasificacion seria tan prolija, que faltariamos á la brevedad que nos hemos propuesto, y abusaríamos de la indulgencia de nuestros lectores.

Por la misma razon juzgamos conveniente no decir nada de la eleccion del Gran maestre, en que á pesar de las complicadas combinaciones que estaban prescritas, no dejaban de introducirse la intriga y el soborno; y por igual motivo prescindimos de otros puntos que como mas directamente enlazados con el sistema de gobierno de la Orden, parecerán á muchos preferibles á los que tan ligeramente hemos tocado. La dignidad de Gran maestre, superior á todas las demas en poder y categoría, llegó á tener, sobre todo en los postreros tiempos, menos autoridad de la que convenia: sujeta por una parte á los votos y decisiones del Gran Consejo, que no siempre estaba dispuesto á complacerle, y sometida por otra á las ambiciosas exigencias de los papas, como hemos visto, no merecia los afanes y sacrificios que empleaban algunos para alcanzarla. Tenia á su alrededor todas las apariencias de la soberanía, y esto bastaba para que la contemplasen con ilusion los que no se contentaban con los recuerdos de su ilustre cuna.

Hechas las informaciones de costumbre, se procedia á la admision de los nuevos caballeros en la Orden de la siguiente forma. Presentándose el candidato con vestidura larga seglar, desatada, se arrodillaba ante el altar, teniendo una vela encendida en la mano, que significaba la caridad, y poniéndose delante del caballero que le recibia, le manifestaba sus deseos de pertenecer á la sagrada religion del hospital de San Juan de Jerusalen. El caballero le preguntaba si pertenecia á otra Orden, y en virtud de su respuesta negativa, le recomendaba las obras de misericordia, exhortándole al servicio de Dios y á la defensa de la fé católica, como asimismo á ser el protector de las viudas y los huérfanos. El candidato prometia no olvidar aquellas advertencias; y mandándole levantar el caballero, le ponia en la mano una espada desnuda que estaba colocada en el altar y tenia por leyenda estas palabras: *Por La Fé*. Le encargaba que se sirviese de ella para su defensa y la de la religion católica, y despues que la pasase por el brazo en ademan de limpiarla y la envainase, hecho lo cual, y prescribiéndole que la conservase siempre limpia, se arrodillaba el candidato, el caballero le ceñia dicha espada en el nombre de Dios, de la Vírgen María y del glorioso San Jorge ó San Juan Bautista; le mandaba despues que la desenvainase y diese tres golpes al aire, como amenazando á los enemigos de la fé y en memoria de la Santa Trinidad, y vuelta á limpiar sobre el brazo, la colocaba otra vez en la vaina.

Exhortado de nuevo por el caballero á la práctica de las cuatro virtudes cardinales, tomaba este la espada del candidato, le daba tres golpes en el hombro y una pescozada, y le advertia que quedaba armado caballero. Calzábale despues unas espuelas de oro, y oida misa sin otra interrupcion, y recibida la comunion, volvia á acercarse el candidato al caballero, quien preguntándole lo que solicitaba, y respondiendo aquel que pedia entrar en la compañía de los hermanos de la sagrada religion del Orden de San Juan de Jerusalen, le manifestaba que semejante honor no podia concederse sino á personas de muchos merecimientos, pero que en la confianza de que él se mostraria digno de aquella distincion, se le concedia. Declarábale en seguida todas las penalidades y contradicciones que tenia que experimentar, y vista su conformidad, le dirigia las siguientes preguntas: si habia hecho profesion en otra religion; si habia contraido matrimonio con alguna señora; si estaba obligado á otros por fianza ó deuda notable; si era esclavo ó plebeyo de condicion, y si padecia persecucion por la justicia. Desvanecidos estos reparos por el candidato, le amenazaba el caballero que si en algo hubiese mentido, seria expulsado de la Orden con grande afrenta, pero que no siendo esto creible, quedaba admitido, ofreciéndole desde luego únicamente pan, agua, sal y un vestido humilde.

A continuacion y para prueba de obediencia le mandaba traer el misal, y abriéndole, poniendo el candidato la mano extendida sobre el Cánon, juraba observar los votos de obediencia, pobreza y castidad. Le ponia el manto, la cruz de ocho puntas, por alusion á las ocho bienaventuranzas, al lado del corazon, y le mostraba el cordon en que estaban representados la soga, los azotes, los dados, la esponja, la columna y la cruz de la pasion del Redentor, rodeándoselo al cuello. Finalmente le imponia la obligacion de rezar cada dia 150 padres nuestros ó el oficio de la Vírgen ó el de difuntos, y añadiendo algunas otras prescripciones, le enseñaba la cota de armas ó sobreveste que debia usar en la guerra, y terminaba la ceremonia con las oraciones designadas en los estatutos para tales casos, y con los acostumbrados abrazos que daba el candidato á todos los demas caballeros y amigos suyos.

Cayetano Rosell.

NOTABILIDADES

CELEBERRIMO-ESTRAMBOTICAS.

TORREMOCHA.

Non omnes possumus omnia.
No es la gloria para todos.

No te parece, lector, que aquel elegante palacio, arrojando luz por todos los balcones que adornan su fachada, es digno de mi observacion y de la tuya? La riqueza de los tapices que visten el portal y los doce lacayos de gran librea que con hachas de cera encendidas, esperan á pie firme la llegada de un carruaje, que seguramente no es ninguno de los infinitos que ya dejaron sus dueños en la fiesta, no es cosa que excita tu curiosidad. ¿Ha de ser tal tu pereza, que no te acerques siquiera á ver lo que va dentro de aquella magnífica carretela, que tirada por cuatro fogosos caballos y servida por tres lacayos de librea amarilla, se abre paso por entre el tumulto, como diciendo: «aquí va el Mesías prometido á la aristocrática reunion que se encierra en esos salones?» Pues, qué, asi se encuentran las ocasiones de ver á la alta sociedad madrileña por uno de sus innumerables costados?.... Dame el brazo, lector, y no seas niño; déjate querer, que no te ha de pesar: Yo nada he de poner de mi cosecha; te retrataré del mejor modo posible el sarao, y tú formarás el paralelo, entre el héroe de la diversion y los divertidos; entre los que arrastran el carro y el que va dentro.

El carruaje de la librea amarilla, ha parado á la puerta del palacio, y una dama elegante y nada vieja ha dado tierra la primera, y ofrece su blanca mano á un hombre, que es tan tenaz en mandar á los lacayos que apaguen las hachas y se retiren, como aquellos en obedecer á su amo, que les mandó lo contrario.

Cincuenta años escasos, rostro colorado, estatura regular, síntomas de bigote negro, y realidad de

peluca rubia; frac negro de cazoleta, pantalon idem con estriberas, corbata azul, chaleco blanco y sombrero de barquillo, color de idem tostado; hé ahí la parte exterior, ó como si dijéramos la física de mi héroe. Vamos arriba á que nos pongan de manifiesto la moral. Entremos en esos magníficos salones, cuyo deslumbrante resplandor coqueteaba á través de las vidrieras, á ver si en el siglo de las mayorías y de las discusiones, puede un hombre decir *no*, cuando 500 dicen *sí*. Pongamos nuestra humilde planta en ese alcázar de la opulencia, y esperemos que el motivo de tan brillante sarao, será grande, sublime; creamos de buena fé que no tendremos que decir á la salida: *Parturiens montis, nascetur* .. una tontería. Pues siendo cierto (y de estas consecuencias no habla la lógica), que la biografía es uno de los ramos mas importantes de la historia; es imposible tener un conocimiento exacto de esta sin un estudio detenido de aquella, y que la vida de los hombres grandes pertenece á la historia, es incuestionable que la del impávido tenor D. Ramon Torremocha, debe ser el alma de este artículo, y patrimonio exclusivo de cuantos le lean con detencion.

Ni hay hombre sin hombre, ni crece la yedra sin arrimarse á la encina. Tendidos sobre el suelo que los vió nacer, arrastrarian su vida infinidad de vegetales, entregando la jeta á los rigores de la estacion, si la mano del hombre no los pusiera al abrigo de esos males, desarrollando la bondad que en ellos germina; y ásperos, desabridos é insalubres serian sus frutos, si obedeciendo al caprichoso apetito de la raza humana, no se dejasen envacunar por el ingerto. El hombre, rey de los animales, se enseñorea por la naturaleza, y elige sus víctimas, determina sus goces, escoge sus placeres, y déspota insaciable, domina el mundo á su antojo, sin ver nunca la valla que la miseria de su condicion opone á su desordenado egoismo. Reunido en sociedad con séres de su especie, es cobarde y encubre sus debilidades con el monstruoso tribunal, falsamente llamado de la opinion pública. Ayer se asociaba con unos hombres para reirse de los mismos con quienes murmura hoy de los que mañana han de ser sus cómplices, ó de los que dejaron de serlo el dia pasado. La inconstancia es su norte, y apenas cruza una idea por su caprichosa imaginacion, cuando la engalana á su antojo con el brillo falso pero deslumbrador de la moda: la pasa á la mesa de la opinion pública, y en aquel fárrago de lo grotesco y de lo sublime, se declara *notabilidad* pública, lo que poco antes era extravagancia de un solo hombre. Así es como únicamente se concibe la existencia social de esa rueda inconstante de la moda, que no contenta con embellecer hoy la levita que ayer hubiese hecho reir á carcajada, invade los terrenos mas sagrados, y pone á la órden del dia los vicios, las virtudes, el talento y la tontería. Lo mismo la entretiene un sabio que un loco; ambos la divierten y á todos los aplaude con frenesí. Para buscar los hombres de verdadero mérito, seria preciso cerrar los oidos á los aplausos de la multitud y juzgar por los hechos; esto no es fácil siempre y,

hé ahí la razon por qué clemente
siempre se inclina donde va la gente.

El gusto del público es un juez inapelable en muchos casos, y cuando los autores dramáticos, al escribir una pieza estudian los bravos y efectos de la última que hicieron, bien podemos nosotros hablar de la sensacion que Torremocha produce en el público, sin poner nada de nuestra cosecha. En vez de considerar al genio aislado, le observaremos con relacion á la sociedad en que vive. No diremos: Torremocha es un gran tenor porque cante bien (aunque eso sea cierto), sino Torremocha es una notabilidad porque llama la atencion de un pueblo entero, y ni hay en Madrid persona que no le conozca, ni en el extranjero falta quien hable de él. Pero basta de salvedades, y al grano.

Nació don Ramon Torremocha en Madrid, por los años de 1790, y ni en su niñez se cuenta que fuese aficionado al canto ni de jóven tampoco. Advirtióse sin embargo que su oido calzaba mas de lo regular, y que no se resentia tan fácilmente; pero nadie hizo aprecio de tan envidiable casualidad, y el niño Ramon fué creciendo en años y en orejas, hasta que un dia *rompió á cantar*; y como estuviesen presentes algunos *amigos*, le aplaudieron con frenesí, le hablaron con entusiamo de la gloria artística, y gracias á la extension del órgano auricular de Ramoncito, hicieron su efecto los aplausos. Desde esa época creyó que solo debia vivir para la gloria, y con laudable desinterés se consagró á divertir á sus numerosos amigos; cantando hoy en una parte, mañana en otra; siempre acosado y aplaudido por la sociedad que cada vez se ceba mas en su víctima.

Al empezar estas líneas, hicimos el retrato de nuestro héroe, y lo sorprendimos bajando de una elegante carretela, para dar cima á una de sus ocupaciones diarias y nocturnas; para calmar la ansiedad de cien personas, cuya mayor parte pasó el dia discurriendo medios de llamar la atencion, coronando al artista de una manera desusada y nueva. Cosa mas difícil de lo que parece, pues el buen Torremocha que tiene en su gabinete *ciento cincuenta y siete* coronas, las ha ceñido de tan diversos modos que pasma. Pero á nosotros lo que nos interesa es acompañarle en uno de sus conciertos, que si por el hilo se saca el ovillo, aquí no hay mas paño que el de la muestra. Con mas ó menos lujo todas la reuniones musicales en que toma parte don Ramon son lo mismo.

Acompañado por los lacayos y las hachas de cera es recibido en la antesala por una comision de señoras que tienden sus pañuelos en el suelo para que pase sobre ellos Torremocha; resultando de esta ovacion, y de la modestia del artista, que por no posar su planta sobre aquellos encajes, salta y brinca, como un pavo en hierro candente. Los hombres le reciben del mismo modo, y entre los vítores que resuenan en la sala, apenas entra nuestro héroe, le llevan en triunfo y á puñados, hasta un magnífico sillon dorado que de intento le tenian prevenido, sobre el cual se eleva una magnífica corona de rosas y siemprevivas, en cuyo centro y en letras de oro se leen estas palabras:

AL PRIMER TENOR ABSOLUTO
DEL UNIVERSO

Acto contínuo le llevan al piano, y siempre hay algun extranjero, que enterado ya en secreto por el dueño de la casa del *buen humor* de su huésped (1), hace varias preguntas al gran cantante sobre sus estudios y el método de su canto; á lo cual contesta el interpelado con estas ó semejantes palabras:

—"Yo no canto.... con método; mi canto es de corazon; mi escuela es el sentimiento; soy tenor barítono, esto es, tenor en variedad de tonos; pero el mérito principal de mi canto, es que no tiene regla. Es todo natural, y varias veces me han acompañado con piano, violin y cornetin de piston, tocando cada uno de esos instrumentos diferente cosa, y ninguno la que yo cantaba.» Si le reconvienen porque no escribe su método de canto, se echa á reir; dice que es imposible, y se da á cantar varias piezas de su repertorio que es inmenso. El ária de *Il Nabuco, io sono un bruto*, *la Vieja seca se*...., y un sinnúmero de variaciones, que diariamente improvisa Torremocha, es lo que con mas frecuencia suele repetir; dándose en los intermedios al baile, en lo cual no es tan fuerte, por mas que su escuela, como él dice, sea la de la Taglioni. Y le aconsejamos que suprima el baile, pues rebaja mucho su dignidad de gran tenor.

Los aplausos le interrumpen con frecuencia; pero sus éxtasis, especialmente en los allegros, suelen ser tan profundos, que sigue enjuagándose con la sílaba final media hora lo menos, sin cuidarse de las ovaciones. Las jóvenes se desmayan en presencia de sus mismos amantes, sin conocer toda la inmensidad de esos simulacros, que á su tiempo darán por resultado lo de la fábula del Pastor, que cuando dijo de veras *al lobo*, nadie le hizo caso.

Los poetas caseros han desabrochado su númen para hacer versos á Torremocha, y algo peores que los siguientes, son los infinitos que tiene el gran artista en su poder.

«Calle Rubini, calle Tamburini
Enmudezca de envidia cualquier ini,
Que cuando su torrente desabrocha
Es mas grande que el mundo Torremocha,
«Ni Montes con mas destreza
Dá el salto de la garrocha,
Ni con mas tino y limpieza
Tira el mas diestro una bocha
En el paseo que empieza
Desde la puerta de Atocha:
Como cantas cualquier pieza,
O tú sin par Torremocha!»

El acto de la coronacion es muy solemne, y consiste generalmente en colocar una almohada en el suelo, cuatro velas en derredor y arrodillar allí al artista; hasta que cuatro jóvenes de las que se desmayan por tiempos, traen una bandeja misteriosamente cubierta con una gasa, que levantan para sacar la corona y ceñir con ella la peluca del artista.

Torremocha suele pasar los veranos en una quinta á tres leguas de Madrid donde le reciben en triunfo, y hasta le llevan en andas; su deseo de corresponder á los aplausos del público y el haber oido llamar á Rubini el ruiseñor, le hicieron pasar dos dias comiendo alpiste y cañamones para dar ciertas notas de canario; hasta que los médicos intervinieron en el asunto. Pero sigue siendo tan esclavo de su voz que siempre está rumiando goma y no come frutas ásperas, ni ensaladas con aceite. Tiene entre otros diplomas y condecoraciones, el título de sócio de una *capilla ardente* de Milan, dado por el conde Chilloni, duque del Gargorismo, á cuyos oidos ha llegado la noticia del canto de corazon que se habia descubierto en el artista español D. Ramon Torremocha.

Pero hablando de otra cosa: no seria malo que dijesen los lectores, por quién se decidian, si por los que tiran de la carroza ó por el que se deja llevar dentro de ella. No hay hombre sin hombre, lector amigo; y si la sociedad del siglo XVIII y XIX *nemine discrepante*, hubiese dicho que las conquistas de Napoleon eran robos á mano armada, el héroe de Marengo que tenia sentido comun, no lo hubiera creido: pero la guillotina habria hecho su oficio.

ANTONIO FLORES.

(1) D. Quijote en el castillo del Duque.

BELLAS ARTES.

EXPOSICION DE 1844.

Siempre que hemos emprendido algun escrito crítico de bellas artes, hemos procedido con toda la imparcialidad necesaria para que nuestra tarea reuniese á la cualidad de tributo prestado á la propia conciencia, la de ser útil al progreso artístico de nuestra nacion. Y en todas ocasiones hemos recogido de nuestra siembra abundante cosecha de quejas y reclamaciones; porque para algunos no hay imparcialidad donde no hay conformidad con su juicio y modo de sentir. Para guarecernos de toda inculpacion caprichosa hemos observado siempre las siguientes reglas: 1.ª establecer á priori los principios generales que en nuestro juicio debe seguir el arte para cumplir su destino en la sociedad (pues creemos haber probado que le tiene;) 2.ª descender de las abstracciones á la aplicacion, y con arreglo á dichos principios examinar las obras; 3.ª mirar en estas el producto del arte, y nunca la mano que las ejecutó.

Y sin embargo se nos ha acusado de animosidad

é injusticia, por quienes mas obligados debian quedar á nuestra crítica si consideráran que, al examinar sus obras, solo nos hicimos cargo de aquellas que ofrecian una aplicacion á los principios que preliminarmente establecimos, y que por consiguiente dejamos á un lado las otras, que, á haber tenido comezon de satirizar y morder, nos hubieran suministrado muy abundante pasto. Pero por el descontento de algunos, no hemos de tolerar por nuestra parte que la antigua y ridícula costumbre de los inciensos y encomios obligados pervierta, mas de lo que está acerca de las profesiones estéticas, la opinion pública, que es á veces en las naciones pobres el único galardon que le queda al artista por sus nobles afanes y vigilias.

Los quejosos de la crítica son de dos especies: pertenecen á la primera los que, tascando en su orgullo el freno de la responsabilidad en que incurren al presentar al público sus obras, se ofenden y muestran resentidos asi que un escritor, que es parte del público, se propone hacer dicha responsabilidad efectiva, y reconociendo en ellos el poderoso y varonil atavío del ciudadano militante, les dirige la célebre pregunta del Romano; «¿qué has hecho por la patria?» Pertenecen á la segunda todos los *mamarrachistas* que, no contentos con que les alaben sus parientes y amigos los infelices frutos de sus solaces, los trasladan á la vasta arena de una pública competencia, de donde se retiran ofendidos y ceñudos porque un severo Timon, sentado entre los espectadores, amontona sobre ellos la nube de la grita y los silbidos, al ver que siendo raquíticos pigmeos aspiran á figurar entre robustos atletas.

La queja de estos últimos ni nos extraña ni nos mueve á desear acomodamiento; la de los primeros nos pesa sinceramente en el corazon y quisiéramos ver desvanecida.

Pero mas aun que el tenerlos quejosos, nos duele todavía el ver á artistas llenos de mérito afanarse esterilmente por lograr el objeto de las profesiones destinadas á ennoblecer los sentimientos é instintos del corazon, desviándose totalmente del verdadero rumbo que á él conduce. Mas penoso nos es pensar que el divino fuego de la inspiracion se gasta y desperdicia en animar creaciones que, en la obra intelectual que cada siglo consuma, no son mas que verdaderas escrescencias, sin fin, sin motivo, sin resultado.—Por consiguiente no debe extrañarse que sea el daño mayor el que con nuestros débiles esfuerzos nos propongamos combatir, y que, sacrificando á veces nuestras propias simpatías hácia las personas, censuremos severamente las obras que en nuestro juicio producen entre el público que las contempla el gravísimo daño de extraviar y torcer la opinion, que es luego la palanca mas difícil de enderezar.

¿Sabe acaso el vulgo analizar sus percepciones, aplicar el juicio á las impresiones que recibe de la forma del arte, sea lienzo, mármol ó bronce? Nó. Dice el mismo vulgo que en pintura todos son jueces; y se equivoca. Ni en pintura, ni en escultura, ni en arquitectura saben ver los ojos del vulgo lo que miran, ni *sentir* su alma lo que percibe. Se cree generalmente que nada hay mas claro que los ojos: y ¡cosa rara! los ojos como todos los demas sentidos, en el curso de la vida del hombre, solo llegan á ver con claridad cuando los empieza á enturbiar y á apagar la fatiga del estudio! Creerá el rústico campesino que le son sus ojos fieles porque discierne un nido en la mas alta rama de un chopo, y sabe poner una piedra con la honda en el asta de un novillo; y sin embargo ni el campesino, ni ningun otro que tenga la vista igualmente sana, verá en materia de artes cosa alguna, si la educacion del sentido no le quitó las telarañas con que sus ojos nacieron.—Obsérvelo el que no nos crea; no le faltarán las ocasiones. Pero en prueba de que en artes la vista mas vírgen es la menos clara, recuerde cada cual los infinitos cuentos que habrá oido sobre efectos chocantes producidos por la pintura en hombres incultos: y á falta de otro mejor, el célebre caso de aquel criado que habiendo ido por el retrato de su amo al estudio del pintor que lo habia hecho, viendo que el retrato tenia un solo ojo, por estar de perfil, le puso con un carbon el otro ojo en el punto donde la nariz se junta con la frente!—Prueba evidente de que solo ven las cosas como son los que han aprendido á verlas.

El público en general, ó por mejor decir el vulgo, es un celosísimo depositario de las máximas buenas y malas que le inculca todo el que llega á adquirir con él prestigio.—El vulgo que presta su adoracion á las castas imágenes del Urbino, admira y adora mas tarde las formas paganas del Guido; el pueblo que se embelesa en una época con el mágico colorido de Murillo, celebra y pondera en otra las desustanciadas tintas de Tiépolo y Maella.

¿Quedará ya suficientemente justificada la severidad de nuestras anteriores censuras?

Habremos sostenido quizá con exaltacion, casi con fanatismo, nuestros principios; pero solo el deseo de verlos reconocidos, deseo comun á todo el que defiende su opinion, nos ha hecho manejar la delicada arma de la crítica. ¿Podia ser el vano é impuro placer de deprimir el mérito, el propósito de nuestras reflexiones? Precisamente para ponernos al abrigo de esta odiosa inculpacion, adoptamos el método de establecer nuestros principios antes de hablar de las obras de nuestros artistas: nuestra crítica no fué ni un ataque ni un tiro al blanco, ni un brusco bombardeo; asentamos una base, pusimos en ella el arma, lanzamos el proyectil sin desnivelarla... Hirió al que cogió debajo, porque no éramos dueños de variar la curva y las leyes de la balística.

Hoy nuestra tarea es menos comprometida. Nuestros enemigos en principios, ausentes de la arena, nos han evitado el trabajo de argumentar para tratar de reducirlos á nuestra opinion.—Casi nos pesa de ello, porque quizás hoy nos hubiéramos esmerado en hacernos comprender mejor, dado que á fuerza de meditar en las cuestiones se aclaran muchas dificultades de mera forma.

No se han presentado en la Exposicion pública de este año mas cuadros originales de *mística* é historia sagrada que tres, debidos á los señores Cerdá, Ferrant (Don Luis), y Fernandez de Cádiz: el primero ha representado el paso de Eliazar dando á Rebeca, junto á la fuente, los brazaletes con que la señala como esposa de Isaac; el segundo nos ha mostrado á la Vírgen N. S. con su divino Hijo en el regazo, y rodeada de ángeles; y el tercero ha pintado el dolor de Adan y Eva encontrando á su hijo Abel muerto.

El cuadro del señor Cerdá tiene muy bellas cualidades: en su composicion no hay grande originalidad, y claramente se conoce que el autor se ha inspirado mas del modo hasta ahora general de representar dicho asunto, que de la lectura del testo bíblico; pero en cambio de esto, que estamos muy lejos de achacar á defecto, hay nobleza en el dibujo, naturalidad en la actitud de las tres principales figuras, y verdad de tonos.—El Sr. Cerdá, de quien tendremos mas adelante ocasion de hablar nuevamente, se ha mostrado en este lienzo penetrado de las grandes máximas de la escuela romana, que sabemos ha estudiado con detenimiento y conciencia. El cuadro místico del Sr. Ferrant, al que pudiéramos dar el título de *Regina angelorum*, está ejecutado con intento visible de imitar el sencillo y noble estilo de las vírgenes de Rafael en su época mas *purista*: asi nos lo revela la composicion del grupo principal de Nuestra Señora con Jesus niño, la sóbria disposicion del plegado, y la entereza de los tonos de las vestiduras. Pero francamente diremos que ni la disposicion de aquella gloria de ángeles que rodea á Nuestra Señora nos parece de un gusto rafaelesco castizo, ni creemos que pueda imitarse dignamente á aquel gran maestro no deteniéndose mucho á copiar la naturaleza en sus mas nobles manifestaciones. En el dibujo del Sr. Ferrant hay gran facilidad, pero tal vez esta facilidad misma hace que no se haya puesto á discernir con la proligidad necesaria lo que es realmente *bueno* de lo que parece *bien* á primera vista. Sin duda alguna parece *bien* al primer aspecto la forma de aquel Jesus niño; pero á veces lo que podria pasar como apunte no sirve para un cuadro concluido, y esto cabalmente sucede con dicha figura, cuyas piernas y brazos, detenidamente examinados, recuerdan mas que la naturaleza la *manera académica*, y muestran haber sido dibujados de memoria por inspiracion de ciertos hermosos niños que solo han existido en la imaginacion de los pintores. En el coro de ángeles no hay conclusion tampoco: aquellas figuras no estan mas que *apuntadas*. Don Luis Ferrant podria hacer muy bellas cosas si dejára de contentarse con la primera forma de sus concepciones.

El cuadro del señor Fernandez de Cádiz, aunque eminentemente académico, no deja de tener cosas buenas; pero lo que mas resalta en él, previniendo desde luego el juicio contra sus buenas dotes, es la exagerada aplicacion de la máxima andaluza moderna de disfumar los contornos y representar todos los objetos de la naturaleza como *en evaporacion*.

Solo hemos visto un cuadro de história profana, ejecutado por el señor Van-Halen. Sentimos que este acreditado pintor no haya expuesto el de *los Siete condes*, que es su última obra.

¡Pocas obras trascendentales debemos en 1844 al arte en España!

Todos los demas cuadros presentados en la exposicion de este año, fuera de los retratos históricos, pertenecen al vasto género de la pintura *recreativa*, ya sean retratos, ó paises, ó cuadros de costumbres, etc.

Retratos históricos son, el de S. M. la Reina, el del difunto duque de Osuna, el del marqués de Miraflores, presentados por D. Federico de Madrazo, en cuyo elogio, aunque sancionado por la pública admiracion, no nos es lícito á nosotros decir cosa alguna. Retratos históricos, ¡y ojalá el tiempo no desmienta nuestra esperanza, ni ciegue la amistad nuestro juicio! se llamarán tambien algun dia los de los señores Alvarez y Calvo; cuando los nombres de estos dos jóvenes sean justa gloria de la arquitectura y de la medicina, como lo es de la dinastía de Borbon el de Isabel II, y de la española grandeza los de Osuna y Miraflores.

De las cualidades artísticas de los retratos del señor Madrazo no hablaremos, por no juzgar en causa de familia. Nos limitarémos á escribir un hecho.—Dichos retratos se hallaban expuestos en la sala llamada *del Trono*; desde que se abria hasta que se cerraba la Academia, era tal el gentío que acudia á verlos, que apenas se podia penetrar en dicha sala. Entre los dos personajes arriba mencionados, alzábase en pié con toda la magestad real, con toda la lozanía de una edad temprana, y toda la elegancia de una encumbrada estirpe, la imágen de la hermosa reina que rige los destinos de nuestra nacion. Tenia á su espalda el trono, descansaba su mano derecha sobre la mesa que sostenia la corona y el cetro, y volvia con candor y dulzura la mirada hácia un grupo inmenso de espectadores que fijando los ojos en su semblante, en su rico atavío, en todos los pomposos accesorios de aquella escena, no cesaban de admirar la verdad y semejanza del retrato, creyendo, alucinados por la magia del pintor, hallarse en presencia de la augusta retratada.

No ha hallado el público menos semejantes los retratos de Miraflores y de Osuna. A la izquierda del cuadro de S. M., sentado en un sillon, como descansando de las tareas de una intrincada y alta diplomacia, veíase revestido con un sencillo uniforme al ilustre autor del tratado de la *cuádruple alianza*. La mesa que tiene delante, la colgadura elegante y de tono severo que se vé al fondo, dan idea del cómodo apartamiento donde medita el hombre de Estado el proyecto que dirige al vizconde de Palmerston; aquel mismo tintero de porcelana, de forma extraña y modesta, fué el que sirvió para firmar aquel célebre pacto internacional.

Al otro lado de S. M. se elevaba la bizarra persona del malogrado Duque cuya muerte ha costado recientemente tantas lágrimas. Figuraba el cuadro á aquel jóven magnate, tan privilegiado de la naturaleza y de la fortuna, como recorriendo, de vuelta de una de sus escursiones de invierno, su suntuoso palacio de Guadalajara, parado con gentil continente en una de sus góticas galerías, con el sombrero en la mano, y cubierto con un gaban forrado de ricas martas. Los que mas de cerca le trataron, los que fueron sus amigos, no podian mirarle sin conmocion resucitado en aquel lienzo por el poder del arte!.....

Tambien es retrato histórico el del Exmo. Sr. D. Ramon María Narvaez, pintado por D. Bernardo Lopez. Exige pues el órden con que procedemos hablar de él en este lugar.—El héroe de Ardoz estaba en pié con su pequeño uniforme, con la mano derecha apo-

yada en su baston, y teniendo en el brazo izquierdo su sombrero adornado de plumas blancas. Grande es ciertamente la semejanza de este retrato; grande es tambien la facilidad con que está ejecutado, y la habilidad con que está manejado el color, tanto en el personaje como en los accesorios. Pero hubiéramos deseado ver al actual presidente del Consejo de Ministros en una actitud mas en armonía con su carácter marcial y caballeresco. El peso de su cuerpo apoya demasiado sobre el baston: esto hace que el pecho aparezca como hundido, y que tenga toda la figura una inclinacion en cierto modo penosa, y como de hombre enfermizo ó cascado. El baston puede ser un sosten indispensable en un anciano; pero en un hombre jóven y cuya apostura es por lo general noble y arrogante, debe ser un mero accesorio, aun cuando simbolice, como en el retrato de que hablamos, la autoridad de que está revestido el personaje. Hemos dicho que es grande la semejanza de este; y sin embargo no hay mucha verdad en su colorido.—La mano que tiene el baston reune en poco espacio tal diversidad de tintas que parece su epidermis manchada con una quemadura. Los tonos del vestido son discordantes é inarmónicos: el azul demasiado claro del uniforme, y el amarillo demasiado entero y vivo de los bordados, son colores antipáticos entre sí; creemos que el Sr. Lopez (D. Bernardo) hubiera hecho mejor en sacrificar dichos bordados, y en dar á la materia metálica mas reflejos oscuros para cortar la monotonía de la tinta amarilla, mas propia del hilo ó de la seda.

Entre los retratos de personajes, que calificamos de *históricos*, debemos mencionar muy especialmente el del conde de Toreno, ejecutado por el Sr. Carderera. Es de reducidas dimensiones, pero de una semejanza tan perfecta, y de tan grato colorido, que no podemos menos de considerarle como una verdadera joya. Está ejecutado con gran facilidad, y hay en su conjunto cierto velo de elegancia y de poesía que nos atrae irresistiblemente, y nos obliga á tener largo tiempo clavada en él la vista. Este don de fascinacion es el que caracteriza al verdadero artista, y distingue al hombre de genio en las mas pequeñas obras que salen de su mano. En el retrato del conde de Toreno del Sr. Carderera lo que menos fija la atencion es la figura material y terrestre del personaje; en aquel pequeño lienzo se encierra toda la grande alma del historiador, del orador, del estadista mas completo que ha poseido la España en estos últimos tiempos.

Entre los retratos de particulares ponemos en primer lugar, y á una distancia inmensa de todos los otros, al presentado por D. Rafael Tejeo. Aun cuando este artista no hubiera ejecutado otra cosa en toda su vida, esta produccion bastaria para hacer su nombre célebre. Representa á un caballero de edad sazonada, en busto, vestido con una levita castaña oscura y un chaleco de terciopelo color de guinda: su actitud es natural y sencilla, su mirada está fija en el espectador, y su boca, admirablemente modelada, parece acabar de pronunciar algunas palabras. Revela aquel semblante un estado tranquilo del ánimo: la serenidad de este se trasluce en la mirada, en el color, en la misma postura.—La ejecucion es de lo mas puro y acabado que hemos visto: el dibujo es correctísimo, el colorido de una verdad fascinadora; nada hay en él que no sea resultado de una contemplacion sabia de la naturaleza; no se ha permitido en esta obra el Sr. Tejeo ni un solo toque de rutina, ni un solo tono de convencion, ni un solo rasgo de manera.

En el género de retratos, han presentado tambien obras dignas de mencion los señores Cerdá, Gutierrez, Mendoza, Prats, Ferrant (D. Luis), Gomez y Ugalde. No nos detenemos á describirlos, porque ademas de haberlo hecho ya otros periódicos, temeríamos que fuese enojosa á nuestros lectores la prolija revista de los trajes de hombre y de señora, de los adornos de buen y mal gusto, de los bordados y alfileres, y cadenitas, y chucherías de buen y mal tono, que en ellos se contienen; notando sin embargo que el Sr. Ugalde se ha distinguido sobremanera en el retrato del inteligente jurista Gonzalez Serrano.

Descuella en la pintura de costumbres el señor Alenza. Todos los cuadros que ha presentado de este género están llenos de gracia, de verdad, de genio. En las escenas populares nada se oculta á su mirada escrutadora: este artista sorprende las mas íntimas escenas de la vida de la clase ínfima, tan intratable por su índole que nadie de otra clase puede penetrar sus *misterios*, sino el que se halle dotado de sagacidad y perspicacia privilegiadas. Creemos haber contado doce cuadros presentados por el señor Alenza, todos de la misma especie, y todos de asuntos diversos: tan pronto es un barbero de los que afeitan *al raso*, como la peroracion de un soldado viejo sacrificador de Baco, como el interior de la familia de un artesano: ora es una orgia de *solo vino* en una bodega, ora la narracion de una conseja, ora las habilidades del célebre *Manquillo*, ora la lectura de la Gaceta extraordinaria en un pueblo.—Todas estas escenas, si bien en general faltas de luz, están rebosando verdad y chiste: no creemos que puedan llevarse mas adelante la semejanza de los tipos, la propiedad de las acciones, y la fidelidad en el retrato de las costumbres. A estas cualidades une el señor Alenza un toque fino y franco, y en la ejecucion de los accesorios una delicadeza digna del pincel de Van-Ostade.

El señor Rodriguez Guzman, de Sevilla, ha expuesto otro cuadro de costumbres que representa la *feria de Santiponce*. Como nunca hemos visto dicha feria, no podemos hablar de la fidelidad de su retrato; su composicion sin embargo, tiene mucho carácter de verdad.—Pero hallamos ciertamente digno de crítica aquel colorido, donde no hay masas ni armonía: hay allí un desperdicio de luz que ofende á la vista.

D. Fernando Ferrant ha presentado un bello estudio de paisaje. En el primer término hay un camino, entre una elevacion de terreno y un lago, que se supone formado por las vertientes de unas montañas que hay en el último término. A la derecha se ve otra elevacion, poblada de robustos y frondosos árboles, bajo los cuales se forma una deliciosa senda que se pierde en el segundo término, manchada á trozos de apacible sombra, y abierta á veces á los rayos del sol que inunda el pais entero. En las montañas de la izquierda se divisa un estrecho camino, en medio del cual se eleva una pequeña ermita, y bajan por él unos campesinos llevando sobre los hombros el ataud de una doncella. ¡Tambien afea la muerte con su huella la naturaleza mas lozana y llena de vida!—En este cuadro hay riqueza de composicion, y poesía: claramente se echa de ver en él que el señor Ferrant ha estudiado con detenimiento y provecho á los grandes paisistas Claudio de Lorena y Pusino. El único defecto que en su obra encontramos es algo de crudeza en la tinta de los árboles, y alguna falta de observacion en el valor relativo de los distintos tonos.

Hasta aquí de cuadros originales.—

En cuanto á copias, dos muy buenas ha presentado el señor Cerdá: la de la *Escuela de Atenas*, y la de la *Transfiguracion* de Rafael; y esta última nos parece en conciencia superior á todo elogio. Copiar de este modo á Rafael, es ser gran dibujante, sentir las formas de la ideal belleza, y tener verdadera alma de artista.

Las copias de la *Santa Isabel* de Murillo y de la *Virgen de la Perla*, ejecutadas por el señor Bonilla, son tambien dignas de elogio.

Las copias presentadas por D. Manuel de Leon prueban los rápidos adelantos que hace este jóven en el difícil arte á que se dedica. Lo que mas le distingue es la gran propiedad con que reproduce las diversas entonaciones de los maestros que copia.

Los señores Herrero y Leon y Rico manifiestan en sus copias bastante facilidad para manejar el color; pero para llegar á ser buen pintor es preciso sacrificar hasta una época mas sazonada el gusto de copiar á los *coloristas*, y aplicarse al estudio de los grandes dibujantes romanos y florentinos.

Pasemos á la Escultura: de obras de este arte solo se han presentado retratos en busto.

El del señor duque de Gor ejecutado por D. Ponziano Ponzano es de gran semejanza, de estilo grandioso, y de ejecucion vigorosa y decidida. Los planos de aquella cabeza están acusados con seguridad y ciencia; en el conjunto se ven aplicadas las máximas de la grande escuela del Buonarotti—carácter en las líneas, sobriedad en los accesorios.—Tenemos entendido que este busto está destinado á ejecutarse en mármol de Carrara: y asi nos lo indican en efecto algunas de sus formas que ahora aparecen excesivamente pronunciadas y demasiado duras, porque es bien sabido que si en el mármol no se exageran algo los planos, la trasparencia de su superficie los destruye, quitando á la ejecucion todo su valor artístico. El Sr. Ponzano no podia menos de hacer una obra digna de la alta reputacion que con obras de mucha mas importancia ha sabido formarse en la Ciudad inmortal, donde solo corre hoy la fuente de las grandes inspiraciones.

Don José Siro Perez ha presentado el retrato de su amigo el distinguido y jóven pintor D. Cárlos Luis Ribera. Las grandes proporciones en que está ejecutado, reclaman que se le coloque á cierta altura para que produzca todo su efecto. La impresion que producen algunas obras del arte, rara vez puede sujetarse al exámen de la razon; vemos ciertos retratos en que están fielmente reproducidas todas las formas de la persona retratada, y sin embargo no hallamos en ellos mas que la corteza esterior digámoslo así del hombre; en otros por el contrario, sabemos á ciencia cierta que el pintor ó el escultor se separaron de la estricta imitacion de la forma, y descubrimos no obstante el alma, el carácter, la mente del retratado. ¿Cuál es la razon de este fenómeno? La ignoramos; pero esta observacion es una prueba indirecta de que la mision del arte es otra que la imitacion de la naturaleza. El busto de D. Cárlos Ribera nos ha producido una agradable fascinacion: hemos hallado en él el retrato físico y sicológico de nuestro esclarecido artista ausente de España ha tantos años; no podemos encarecer mas la obra de D. José Siro Perez.

El señor Perez (D. Francisco) es tambien digno de elogio por los retratos de S. M. la reina Doña Isabel II, de D. Ventura de la Vega, de D. Francisco Javier de Quinto y del señor Ros de Olano. Hay en todos ellos semejanza y buen estilo: solo desaprobamos la idea de haber puesto al señor Ros de Olano aquel tahalí á lo Leonidas que tanto desdice con el tipo esencialmente moderno de la fisonomía. Hay artistas de mérito que todavía dudan que las caras mudan con los siglos.

Pobre de obras ha sido en verdad la exposicion de este año; pero este no es un mal, si en la balanza de la sana crítica, algunos pocos de sus cuadros pesan en mérito mas que aquellas hileras interminables que en las exposiciones anteriores llenaban los salones. Los quejosos de las dos especies señaladas al comienzo de este artículo, se han abstenido de exponer. Tampoco han expuesto al público exámen, á la saludable competencia, ó á la pública admiracion en fin, sus retratos de S. M. la Reina Doña Isabel II, los señores Piquer, Esquivel y Lopez. ¿Será posible que alguno de estos distinguidos artistas deba contarse entre los quejosos de la crítica de los escritores?—Lo ignoramos; pero tan elocuente como el silencio en algunas discusiones, es á veces la ausencia en las exposiciones públicas.

P. de Madrazo.

Revista de la Quincena.

Acaba de pasar una de las mejores épocas del año A cualquiera que se le pregunte ¿qué temporada le gusta á Vd. mas? de seguro contestará: *la de ferias*. Estas han terminado hace muy pocos dias y con ellas los paseos por la calle de Alcalá, los gritos de los melocotoneros, los continuos apretones de buen y mal grado, con otra porcion de situaciones, que distraen el ánimo afligido de tanto galan aventurero, y de tanta mal disfrazada coqueta. De hoy mas el punto de recreo, el centro de la elegancia, será el magnífico salon del Prado desde la hora en que el sol dirige sus rayos perpendiculares á la tierra, hasta que ocultándose poco á poco, se traslade la concurrencia al vecino callejon conocido por el paseo de San Fermin, especie de capa que sirve de abrigo contra los recios embates de los frios huracanes. Durante esta quincena, no son excesivos, ni dignos tampoco de llamar la atencion de nuestros lectores, los acontecimientos que han tenido

lugar en los diversos paises de Europa. Luis Felipe ha pasado una gran revista en el atrio de las Tullerías, con motivo de la entrega de las banderas y trofeos militares de los marroquíes. El rey acompañado de su familia ha examinado con mucho interés la tienda del hijo del emperador de Marruecos la cual tiene de catorce á diez y seis varas de diámetro y está rodeada de otro recinto circular que deja un espacio vacío entre él y la tienda. El rey ha repartido las condecoraciones y las banderas de Isly y Mogador han sido saludadas con entusiasmo. A estas horas, el monarca francés, habrá cruzado el canal de la Mancha acompañado de su hijo menor y del ministro de negocios estranjeros. Su cara sobrina la reina de la Gran-Bretaña, habrá estrechado entre sus brazos á su muy amado tio, en el palacio de Windsor, despues de su regreso de Escocia, y pagada la visita, entre los representantes de dos naciones tan grandes, es de presumir que estrechen mas y mas las relaciones amistosas no interrumpidas hace algun tiempo para bien del mundo.

Entre tanto la capital de España, ha presenciado uno de los mas grandes sucesos, y experimentado una de las mas gratas sensaciones. Las córtes se han abierto solemnemente. El ídolo de los españoles, la hermosa reina, y reina niña doña Isabel II, ha llegado felizmente al término legal en que la Constitucion de la monarquía, hace que descanse sobre su tierna frente el peso todo de la corona real. Por la primera vez, ella ha dirigido su voz de ángel á los elegidos del pais, celebrando de tan plausible modo el dia de su feliz y venturoso natalicio. A pesar del fuerte viento que corria en la mañana del 10, tan solemne acto ha tenido toda la pompa que era de esperar, y con haberse prolongado la carrera hasta la Puerta del Sol, la comitiva ha brillado mucho mas, y la numerosa concurrencia ha sacado todo el partido posible, sino tanto como en otras ocasiones, de esa fiesta nacional, bajo todos sus aspectos. Tambien ha tenido lugar, en tan grato dia, un lucidísimo besamanos al que asistió cuanto de notable y grande encierra la córte de Madrid; diputados, senadores, grandes de España, títulos de Castilla, prelados reverendos, artistas distinguidos, varones eminentes en armas y en letras, damas de alto rango y encumbrada cuna, ministros estranjeros, todos han tenido la grata ocasion y particular complacencia de besar la mano de la heredera de cien reyes, contemplando lo bien que se hermana con su hermoso rostro la majestad del trono y el afecto de una dama. Entre los individuos del cuerpo diplomático se hallaban Fuad-Effendi y su secretario, quienes á esta fecha habrán partido en direccion al Imperio de la media luna á dar cuenta al Gran señor del desempeño de su cometido. Y ciertamente que el enviado turco, no podrá menos de hacer grandes elogios de la España y de sus moradores, de los cuales ha recibido muestras inequívocas de aprecio particular.

Al paso que han terminado las corridas de toros, los teatros han empezado á dar señales de vida. En el de la Cruz, se ha puesto en escena la segunda obra debida al genio poético, á la concepcion sublime, á la galana á la par que atrevida pluma de la linda poetisa señorita Avellaneda. *El Príncipe de Viana* ha merecido la crítica de todos los principales periódicos de la capital. Nosotros tambien somos gustosos en cumplir esta tarea, que si seria enojosa al tener que censurar á cualquiera de nuestros primeros poetas dramáticos, no es sino muy grata, cuando lejos de censura, solo elogio merece, quien con tanta fé y noble entusiasmo se lanza en carrera tan difícil; y á través de grandes obstáculos se abre paso con su tierna planta, sale á la defensa de su débil sexo y haciéndose escuchar de un concurso numeroso, le dice: «Tambien yo. pobre mujer, tierna criatura, poseo el secreto de conmover tu corazon, de vivificar tus sentimientos, de contraponerlos á mi antojo; yo exalto tu ánimo con mis palabras, arranco lágrimas de tus mejillas, domino tu aplauso, y una y otra vez comparezco á tu presencia, no para confiar en adelante en mis escasas fuerzas, sino para robustecerlas mas y mas con el estímulo que me prodigas.»

No seremos nosotros muy difusos al juzgar esta produccion, sobre la que nada nuevo podremos decir, despues de tanto como se ha dicho; pero si es verdad que el pensamiento de tan elevada composicion se dirige á personificar en la escena una ambicion desmedida, insaciable, criminal, que todo lo sacrifica á trueque de satisfacer la hidrópica sed que la devora, la poetisa ha llenado su propósito de una manera tan completa que mas no se pudiera apetecer, y la reina Doña Juana, la madrastra del príncipe, tipo odioso bajo todos aspectos, está tan bien bosquejado, tan ceñido al pensamiento del poeta, tan sujeto á la verdad, siquiera no tenga mucho en esta parte, de histórica, que el espectador no se reconcilia con este personaje en todo el curso de la produccion. Esta es la causa precisamente por la que nosotros empezaremos confesando de acuerdo algun tanto con otro periódico de la corte, que el título del drama no se halla enteramente justificado ¿pero qué importan los nombres donde resaltan las bellezas? Es lo cierto, que el cuadro que á la pública espectacion se presenta es grandioso; que en él aparece en todo su realce la desmedida ambicion de doña Juana; que el deseo de que pase á su hijo Fernando el cetro de la monarquia aragonesa, justifica completamente el desmedido rencor, el odio profundo que guarda á su hijastro el de Viana: que el excesivo amor del rey á su segunda mujer, de un lado, su impotencia y su debilidad del otro, aparecen en toda plenitud haciéndole olvidar los deberes de padre, y los preceptos del primer magistrado para con el príncipe de Viana su hijo, habido en primeras nupcias con Doña Blanca, y á quien por derecho de sucesion y con arreglo á las leyes y fueros del reino correspondia la corona de Aragon. Todo esto es cierto; y si la señorita Avellaneda ha creido conveniente al desarrollo de su plan introducir en la composicion un consejero pérfido, y una jóven su hija, generosa en estremo y llena de virtudes, en su lugar la contemplamos al obrar de esta manera á fin de presentar un conjunto lleno de vida y animacion.

No se crea por lo que dejamos dicho que el *Príncipe de Viana* carece de defectos; los tiene á nuestro entender, si bien no de aquellos que echan por tierra una produccion. Desde luego no es raro para nosotros el espectáculo que presentan las córtes de Cataluña reunidas en Lérida, con que se inaugura el primer acto, y en las cuales el rey en persona denuncia como culpable á su hijo, apoyándose en una carta del almirante D. Fadrique, padre de la reina. Nos parece por el contrario, una exposicion de mérito no comun y en que la novedad resalta á primera vista; en ella se revela el carácter de cada uno de los personajes, ó mas bien la conducta que se proponen seguir. En una sola pincelada se ve á Doña Juana poniendo en práctica su intriga; al rey obcecado por esta, luchando con los deberes de esposo de una parte y de otra los de padre y justiciero, y al de Viana en todo su carácter noble y elevado, puesto que las córtes abrazan como suya la causa del príncipe, al ver que el rey prometiendo hacer justicia, dá á la carta de D. Fadrique un valor que no tiene. Todo esto nos parece bueno. No pensamos de igual manera, en lo que despues sucede, hasta que termina el primer acto.

La señorita Avellaneda, hubiera dado, á nuestro corto entender, mas verdad á este bosquejo, si inmediatamente de retirarse el rey del salon y de haber celebrado conferencia los diputados, hubiera hecho correr un telon, y figurado otro lugar que el de las sesiones para dar cima á su plan. De otro modo era evidente que el público habria de caer en la necesaria inverosimilitud, de que el Príncipe de Viana y doña Isabel, se hicieran una declaracion de amor en medio de la representacion nacional. Y nada importaba el que las córtes no se volvieran á presentar, siendo tan fácil y por tan diversos caminos poner en conocimiento del espectador, que habian sido despedidas por el rey. Asi se hubiera descargado el primer acto de su molesta pesadez, se hubiera ganado al público con mayor interés y sin faltar ningun incidente, antes bien suprimiendo alguno que estaba de sobra, como la desenvuelta declaracion de Isabel al príncipe, el plan hubiera caminado á su desarrollo con toda naturalidad.

El segundo acto está perfectamente traido; y aunque los caractéres siguen sosteniéndose como en el primero, no por eso hay razon para decir, como alguno ha dicho, que desde que se alza el telon empiezan á verse claramente el fin de la intriga, los medios y la catástrofe. Nunca pudo sospechar el espectador que en la entrevista del rey con el príncipe, á pesar de las dañinas palabras que vertiera la reina en el corazon del primero, fuera arrojado el segundo á una oscura torre, sin permitirle pronunciar una palabra para su justificacion ¿qué causa, pues, motiva este accidente inesperado? Ella es bien clara, si el rey no hubiera confirmado sus sospechas, con los enérgicos vivas, que el pueblo daba al príncipe á su entrada en palacio, es bien seguro que al contemplar la humildad de éste, se hubieran frustrado todas las esperanzas de la reina: los vivas son los que motivan tan natural accidente y ellos tambien el origen del magnífico contraste que produce el silencio y resignacion del hijo con la ira y el desenfreno del padre. Asi pues nada tiene de particular que no le oiga, ni el que le condene con semejante dureza. La escena que sigue entre la reina y doña Isabel es apasionadísima; el amor, el odio, la venganza producida por la ambicion mas desenfrenada, se descubre en los magníficos versos que ha puesto la señorita Avellaneda en boca de estas dos mujeres, y mientras tanto que tan encontrados afectos se revelan, la noticia de la prision del príncipe motiva el levantamiento de los catalanes por su causa.

Pasa el tercer acto en la prision del príncipe, y allí acude Isabel en alas del amor. Aquí fuerza será que nosotros convengamos con los demas diarios, en que la célebre poetisa no ha caminado con acierto. Los papales están trocados efectivamente. Santo y bueno y natural que una mujer se prende de un hombre ¿pero que ella le haga la declaracion de amor...? Alguno de estos casos podrá haber, pero no sienta bien el presentar en la escena y rebajada hasta ese punto á la mas hermosa mitad. La señorita Avellaneda, se ha mostrado poco generosa con su sexo, y semejante proceder no admite mas escusa, que la de haber preferido la injusticia á la justicia, en causa propia. A nuestro modo de ver este acto es el peor del drama, no ya solamente por lo que repugna una niña seduciendo á un príncipe, sino por el sello de inverosimilitud que marca todas las escenas. La madrastra doña Juana al saber que los catalanes abrazaron la causa del de Viana, acude tambien al encierro con el objeto de que renuncie á sus derechos en cambio de la destruccion del proceso que se ha firmado; Isabel se esconde en tanto: el príncipe desecha las proposiciones de su madrastra, que se retira llena de cólera y ardiendo en deseos de llevar á cabo su venganza. Isabel se presenta otra vez; sigue en sus amorosos coloquios, hasta que se oyen voces de *alerta* y el eco de los clarines; entonces la atrevida jóven se sube en un sillon, y desde una ventana que da al campo logra descubrir, despues de momentos de duda y de incertidumbre, las tropas que se agrupan al rededor de las banderas de Castilla y de Aragon. Obliga al príncipe á que suba á su lado para cerciorarse, y como quiera que mire á la parte de Lérida, ve aproximarse un cuerpo de agramonteses. En este momento entra el canciller, padre de Isabel, con soldados del rey, y al propio tiempo que aquel saca al príncipe del castillo, és se retira con el objeto de avisar á los sitiadores, para que se dirijan al camino de Fraga y no aventuren asalto tan peligroso.

En el cuarto acto, la reina doña Juana viendo el aspecto de las cosas y que vá tomando vuelo el pronunciamiento, se decide á envenenar al príncipe con la ayuda del canciller padre de Isabel. Lleva á cabo su plan, pero para mas disimular manda poner al prisionero en libertad, y cuando apenas ha recibido las públicas aclamaciones, la muerte viene á cortar el hilo de su vida. Se apodera de la reina el mas espantoso delirio; Isabel que la escucha por casualidad, creyendo que ha muerto el hombre que idolatraba, se presenta frenética y desencajada á pedirla cuenta de semejante asesinato; entonces sabe que su padre ha sido cómplice; cae desmayada sobre un sillon; delira, se entera el rey de todo lo que ha pasado, y entre los gritos continuos de la mas terrible desesperacion acaba el drama.

Esta segunda produccion de la señorita Avellaneda adolecen en nuestro sentir de ser algun tanto difusa, de abundar en escenas sumamente recargadas, con perjuicio de la sencillez del plan y de su fácil desarrollo. Es bien seguro que con menos trabajo, podia haber lucido mas, dando otro giro á las situaciones que á fuerza de obstáculos y luchando con mil inconvenientes habrá podido crear. En cambio toda ella está escrita en versos fáciles y armoniosos, salpicada de comparaciones bellísimas, llena de elevados conceptos, abundante en sanas máximas, y en un estilo tan elevado y perfectamente sostenido, que nada deja que desear.

La ejecucion fué cuanto cabe en lo posible, por parte de las señoras Matilde Diez y Bárbara Lamadrid.

La autora fué llamada á la escena, y apenas se presentó en ella, cayeron á sus pies gran número de coronas.

Por fin en el teatro del Circo hicieron su primera salida los cantantes Enzet y Paulin con los Puritanos. Sucedió cuanto habiamos pensado. El público los silbó á todo su sabor, y de este modo pagaron tan loca temeridad, porque nosotros sabiamos de antemano que eran malos cantantes, pero ignorábamos que fueran atrevidos.

Posteriormente se han presentado en el *Nabuco* de Verdi, la señora Ober Rossi y el bajo señor Torre. La ópera no ha disgustado ¿podremos decir otro tanto de los cantantes? Para nosotros el fallo del público es muy respetable, sentimos no tener espacio para estendernos sobre el particular. El teatro del Circo carece de compañía de verso y de compañia de ópera. En cuanto al baile se conserva como al principio de la temporada. No presenta novedad ningnna; verdad es, que para eso ha subido los precios, y teniendo segura la ganancia, para qué quiere la empresa mas.

Juan Perez Calvo.

INDICE

de las materias contenidas en este tomo.

Biografías.

	Páginas.
Don Tomás Rodriguez Rubi.	1
Espronceda.	15
Don Francisco Serrano.	43
Basco Nuño de Balboa.	57
El conde de Nassau.	71
Casimiro Delavigne.	72
Palafox.	93
Cárlos Nodier.	113
Zorrilla.	127
Argüelles.	155
Bernadotte.	163
Cervantes.	183
Shakspeare.	197
Beranger.	225
Castaños.	239
Camoens.	253
D. José Alvarez.	267
José Bonaparte.	281
Chateaubriand.	295
Caprara.	309
Santa Teresa, artículo 1.°	317
Idem 2.°	323

Historia.

Minoría de Isabel II.	38
Los amantes de Teruel.	46
Torneos.	108
Trozos del retrato histórico de D. Enrique de Aragon, artículo 1.°	114
Idem 2.°	131
El Dos de Mayo.	176
Motin contra Esquilache.	185
Esquilache: segundo levantamiento.	199
Batalla de Waterloo.	211
Creacion de la Orden de la Banda.	255
Antiguas córtes en España.	271
Coronacion de los reyes en Aragon.	286
Origen, progresos y extincion de la Orden de Malta, artículo 1.°	314
Idem 2.°	327

Viajes.

De Cádiz á la Habana.	51
Noticias sobre los Thugs.	75
Jerusalem.	143
Toledo, artículo 1.°	170
Idem 2.°	194
Recuerdos de un viaje á la isla de Cuba.	203
Viajes (De Lyon á París.)	276
Rouen.	300
La Rábida.	311

Poesía.

A la invicta Sevilla.	6
A la ciudad de Sevilla.	12
Sonetos.	27
La boticaria de Osuna.	34
Octavas.	56
Doloras.	61
A la reina doña Isabel II.	74
A un régio niño.	76
Luz y Sombra.	101
Pentápolis, canto 1.°	88
Pentápolis, canto 2.°	269
Trabajo inútil.	115
Soneto.	126
El Diluvio.	130
Lances de Madrid.	137
La muerte de Jesus.	148
La aurora del Viernes Santo.	150
Al Dos de Mayo.	180
Malvina.	182
A la reina Cristina.	193
Ecos del Valle.	201
La brisa y el cardo.	202
Sonetos.	205
Primera mesenia de Tirteo.	219
Sueños de sueños.	227
Fragmentos de un rasgo épico.	231
Sonetos.	232
Poesía.	242
A buen hambre no hay pan duro.	255
La noche de insomnio y el alba.	259
Los caminos de hierro.	288
Canciones de Beranger.	280
Idem.	291
Idem.	320
La política aplicada al amor.	307
A Espronceda.	308
Mi esperanza es un sueño.	313
Los dos alelíes.	322
La rosa blanca.	326

Crítica literaria.

Comentarios del Quijote, por D. Diego Clemencin, artículo 1.°	2
Idem 2.°	17
De la divina comedia de Dante.	7
Idem 2.°	20
Idem 3.°	33
Juicios críticos sobre nuestros poetas del siglo XVIII, Melendez Valdés.	29
Cienfuegos.	99
Arriaza.	169
Sobre los libros de caballeria principalmente españoles, artículo 1.°	50
Idem 2.°	59
Sobre las misiones.	147
Literatura extranjera. Bosquejos de España por el capitan S. E. Cook.	128
Idem.	141
Idem.	157
Obras de Shakspeare.	213
Influencia de los árabes en las artes y literatura españolas.	283

Estudios fisionómicos.

Sobre el arte de conocer á los hombres.	85

Costumbres.

Una semana en Madrid, art. 1.° Lunes.	5
2.° Martes.	18
3.° Miércoles.	31
4.° Jueves.	53
5.° Viernes.	76
6.° Sábado.	106
7.° y último, Domingo.	171
La Puerta del Sol.	11
Los baños del Molar, artículo 1.°	36
Idem 2.°	73
Las fiestas de Navidad.	64
Las vueltas de San Anton.	82
Los panecillos de San Anton.	87
El hijo del menestral.	119
El carnaval de Madrid.	121
El argumento de un drama.	134
Madrid en Semana Santa.	144
Todo Madrid en San Isidro.	191
Biografías fantásticas: Fulano de tal.	208
Las verbenas.	220
Frenologia.	233
Los misterios de Chamberí.	262
Las casas de juego	289
Celos de gente airada.	305
Un viaje en galera.	316
Torremocha.	329

Novela.

Cain y Abel, páginas 8, 21, 37, 48, 81 y	103
Espatolino, páginas 62, 78, 89, 101, 116 132, 161, 174, 188, 202, 216, 227 y	241
Una madre hoiaudesa.	159
Unas hojas marchitas. 259 y	273
El astrólogo y la judía. 285 y	303
D. Liborio de Cepeda.	247
Las mujeres en tiempo de los patriarcas.	275
Mujeres en Egipto.	298

Edificios públicos.

Cuartel de inválidos.	92
Colegio de San Cárlos.	243

Artes.

Reseña histórica de la imprenta.	24
El regalo de la reina á Granada.	91
Bellas artes artículo 1.°.	206
Idem 2.°.	221
Idem 3.°.	245
Busto de Isabel II por Piquer.	182
Estátua de Diego Leon por Medina.	164
La glorieta de Palacio.	54
Baños de la calle de Capellanes.	266
Exposicion de 1844.	330

Sucesos contemporàneos.

Atentado contra el general Narvaez en la noche del 6 de noviembre.	27
Viaje de S. M. la reina Cristina artículo 1.°.	135
Idem. 2.°.	151
Fallecimiento de la infanta Doña Luisa Carlota.	108
Rendicion del castillo de Figueras.	95
Revistas de las Quincenas, veánse las páginas, 13, 26, 41, 55, 67, 83, 95, 111, 125, 139, 153, 167, 181, 195, 209, 222, 235, 252, 265, 278, 292, 307, 320. y	332
Boletin Bibliográfico, páginas 14, 28, 42, 139 y	196
Modas. 23, 80, 137, 210. y	230

Música.

Canciones españolas puestas en música por D. M. S. F. La Buñolera, página.	10
La Curriya.	97

Noticia de los grabados mas notables que contiene este tomo.

Retratos.

Rubí, Espronceda, el Dante, Melendez Valdés, Serrano, Basco Nuño de Balboa, el conde de Nassau, Casimiro Delavigne, Palafox, Carlos Nodier, Zorrilla, Argüelles, Bernadotte, Cervantes, Shakspeare, Napoleon, Wellington, Beranger, D. Pedro Castelló, Severo Lopez, Camoens, Enrique IV, Enrique infante de Aragon, Don José Alvarez, José Bonaparte, Chateaubriand, Caprara, la Valette y Santa Teresa.

Vistas.

Interior del palacio del Senado en la jura de S. M. la reina Doña Isabel II.—Jerusalen.—La Habana.—La glorieta de palacio.—Fachada principal para el nuevo Congreso.—Interior del Liceo de Madrid.—Idem de la iglesia de Atocha.—Idem del cuartel de Inválidos.—Castillo de Figueras.—Entierro de la infanta Doña Luisa Carlota.—Monumento de la semana Santa en Sevilla.—Custodia del Santisimo de Madrid.—La vírgen del Puerto.—El Dos de Mayo.—La hermita de San Isidro.—El campo de Waterloo.—San Antonio de la Florida.—Motin contra Esquilache.—Colegio de la facultad de ciencias médicas.—Anfiteatro y gabinete del mismo.—Salon de las antiguas córtes.—Coronacion de los reyes en Aragon.—Convento de la Rábida.—Templo de San Juan en Malta.—Palacio de los grandes maestres.

Trajes.

Guerréros de la edad media.—Un inválido.—Madrileños en 1766.—Un alguacil.—Un cazador.—Una pasiega.—Un gaitero.—Una cantinera.—Una maja.—Una ama de llaves.—Un escribano.—Un presidiario.—Un contrabandista.—Una cigarrera.—Una criada de servicio, etc.

Caricaturas.

Costumbres de Navidad.—Máscaras públicas.—El baile de piñata.—El entierro de la sardina. Los globos aereostáticos, etc., etc.

Escultura.

Busto de S. M. la Reina Doña Isabel II.—Estátua de Diego Leon.—Idem de Velazquez.—Grupo de Alvarez en el Museo de Madrid.

Teatros.

Retratos de Salvatori, de la Basso Borio, de la Gariboldi, de Sínico y Alba, de la Guy Sthephan, etc.